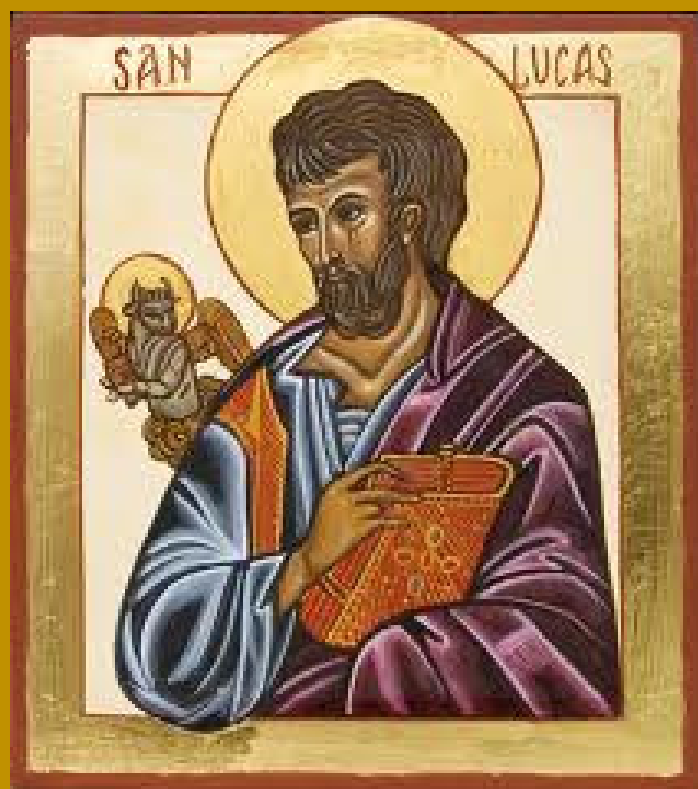


EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS



EVANGELIO SEGUN SAN LUCAS**LUCAS 1****Prólogo (1,1-4)**

1 Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros, 2 conforme nos las transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, 3 me pareció también a mí, después de haberme informado con exactitud de todo desde los comienzos, escribírtelo de forma ordenada, distinguido Teófilo, 4 para que conozcas la indudable certeza de las enseñanzas que has recibido.

I. NACIMIENTO E INFANCIA**DE JUAN BAUTISTA Y DE JESÚS(1,5-2,52)****Anunciación de San Juan Bautista (1,5-25)**

5 Hubo en tiempos de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, cuya mujer, descendiente de Aarón, se llamaba Isabel. 6 Los dos eran justos ante Dios y caminaban intachables en todos los mandamientos y preceptos del Señor; 7 no tenían hijos, porque Isabel era estéril y los dos de edad avanzada. 8 Sucedió que, al ejercer él su ministerio sacerdotal delante de Dios, cuando le tocaba el turno, 9 le cayó en suerte, según la costumbre del Sacerdocio, entrar en el Templo del Señor para ofrecer el incienso; 10 y toda la concurrencia del pueblo estaba fuera orando durante el ofrecimiento del incienso. 11 Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. 12 Y Zacarías se inquietó al verlo y le invadió el temor. 13 Pero el ángel le dijo:—No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada, así que tu mujer Isabel te dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Juan. 14 Será para ti gozo y alegría; y muchos se alegrarán con su nacimiento, 15 porque será grande ante el Señor. No beberá vino ni licor, estará lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre 16 y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su

Dios; 17 e irá delante de Él con el espíritu y el poder de Elías para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto. 18 Entonces Zacarías le dijo al ángel:—¿Cómo podré yo estar seguro de esto? Porque ya soy viejo y mi mujer de edad avanzada. 19 Y el ángel le respondió:—Yo soy Gabriel, que asisto ante el trono de Dios, y he sido enviado para hablarte y darte esta buena nueva. 20 Desde ahora, pues, te quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas porque no has creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo. 21 El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaba de que se demorase en el Templo. 22 Cuando salió no podía hablarles y comprendieron que había tenido una visión en el Templo. Él intentaba explicarse por señas, y permaneció mudo. 23 Y cuando se cumplieron los días de su ministerio, se marchó a su casa. 24 Después de estos días Isabel, su mujer, concibió y se ocultaba durante cinco meses, diciéndose: 25 «Así ha hecho conmigo el Señor, en estos días en los que se ha dignado borrar mi oprobio entre los hombres».

Anunciación y Encarnación del Hijo de Dios (1,26-38)

26 En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, 27 a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David. La virgen se llamaba María. 28 Y entró donde ella estaba y le dijo:—Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. 29 Ella se turbó al oír estas palabras, y consideraba qué podía significar este saludo. 30 Y el ángel le dijo:—No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: 31 concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. 32 Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, 33 reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin. 34 María le dijo al ángel:—¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón? 35 Respondió el ángel y le dijo:—El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios. 36 Y

ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que llamaban estéril está ya en el sexto mes, 37 porque para Dios no hay nada imposible. 38 Dijo entonces María:—He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el ángel se retiró de su presencia.

Visitación de María a Isabel (1,39-56)

39 Por aquellos días, María se levantó y marchó de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; 40 y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. 41 Y cuando oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; 42 y exclamando en voz alta, dijo:—Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. 43 ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? 44 Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; 45 y bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.

El Cántico de María: Magnificat

46 María exclamó:—Proclama mi alma las grandezas del Señor, 47 y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador: 48 porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. 49 Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo; 50 su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. 51 Manifestó el poder de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. 52 Derribó de su trono a los poderosos y ensalzó a los humildes. 53 Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió vacíos. 54 Protegió a Israel su siervo, recordando su misericordia, 55 como había prometido a nuestros padres, Abrahán y su descendencia para siempre. 56 María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.

Nacimiento y circuncisión de San Juan Bautista (1,57-80)

57 Entretanto le llegó a Isabel el tiempo del parto, y dio a luz un hijo. 58 Y sus vecinos y parientes oyeron la gran misericordia que el Señor le

había mostrado y se congratulaban con ella. 59 El día octavo fueron a circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías. 60 Pero su madre dijo: —De ninguna manera, sino que se llamará Juan. 61 Y le dijeron:—No hay nadie en tu familia que tenga este nombre. 62 Al mismo tiempo preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. 63 Y él, pidiendo una tablilla, escribió: «Juan es su nombre». Lo cual llenó a todos de admiración. 64 En aquel momento recobró el habla, se soltó su lengua y hablaba bendiciendo a Dios. 65 Y se apoderó de todos sus vecinos el temor y se comentaban estos acontecimientos por toda la montaña de Judea; 66 y cuantos los oían los grababan en su corazón, diciendo: —¿Qué va a ser, entonces, este niño? Porque la mano del Señor estaba con él.

El Cántico de Zacarías: Benedictus

67 Y Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo y profetizó diciendo: 68 —Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, 69 y ha suscitado para nosotros el poder salvador en la casa de David su siervo, 70 como lo había anunciado desde antiguo por boca de sus santos profetas; 71 para salvarnos de nuestros enemigos y de la mano de cuantos nos odian: 72 ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y acordándose de su santa alianza, 73 y del juramento que hizo a Abrahán, nuestro padre, 74 para concedernos que, libres de la mano de los enemigos, le sirvamos sin temor, 75 con santidad y justicia en su presencia todos los días de nuestra vida. 76 Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo: porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, 77 enseñando a su pueblo la salvación para el perdón de sus pecados; 78 por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, el Sol naciente nos visitará desde lo alto, 79 para iluminar a los que yacen en tinieblas y en sombra de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz. 80 Mientras tanto el niño iba creciendo y se fortalecía en el espíritu, y habitaba en el desierto hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel.

LUCAS 2

Nacimiento de Jesús (2,1-21)

1 En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo. 2 Este primer empadronamiento se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria. 3 Todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad. 4 José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, 5 para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. 6 Y cuando ellos se encontraban allí, le llegó la hora del parto, 7 y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el aposento.

Adoración de los pastores

8 Había unos pastores por aquellos contornos, que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche. 9 De improviso un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los rodeó de luz. Y se llenaron de un gran temor. 10 El ángel les dijo: —No temáis. Mirad que vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: 11 hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor; 12 y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. 13 De pronto apareció junto al ángel una muchedumbre de la milicia celestial, que alababa a Dios diciendo: 14 «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres en los que Él se complace». 15 Cuando los ángeles les dejaron, marchándose hacia el cielo, los pastores se decían unos a otros: — Vayamos a Belén para ver esto que ha ocurrido y que el Señor nos ha manifestado. 16 Y vinieron presurosos y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre. 17 Al verlo, reconocieron las cosas que les habían sido anunciadas sobre este niño. 18 Y todos los que lo oyeron se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho. 19 María guardaba todas estas cosas ponderándolas en su corazón. 20 Los pastores regresaron, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según les fue dicho.

Circuncisión de Jesús

21 Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, le pusieron por nombre Jesús, como le había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno materno.

Purificación de María y Presentación del Niño (2,22-38)

22 Y cumplidos los días de su purificación según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, 23 como está mandado en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor; 24 y para presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones, según lo mandado en la Ley del Señor.

Profecía del anciano Simeón

25 Había por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre, justo y temeroso de Dios, esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. 26 Había recibido la revelación del Espíritu Santo de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor. 27 Así, vino al Templo movido por el Espíritu. Y al entrar los padres con el niño Jesús, para cumplir lo que prescribía la Ley sobre él, 28 lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo: 29 —Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, según tu palabra: 30 porque mis ojos han visto tu salvación, 31 la que has preparado ante la faz de todos los pueblos: 32 luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel. 33 Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían de él. 34 Simeón los bendijo y le dijo a María, su madre: —Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción 35—y a tu misma alma la traspasará una espada—, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

La profetisa Ana

36 Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy avanzada, había vivido con su marido siete años de casada 37 y había permanecido viuda hasta los ochenta y

cuatro años, sin apartarse del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. 38 Y llegando en aquel mismo momento, alababa a Dios y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Infancia de Jesús

39 Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. 40 El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

El Niño en el Templo (2,41-50)

41 Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. 42 Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como era costumbre. 43 Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo advirtiesen sus padres. 44 Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos, 45 y al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en su busca. 46 Y al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. 47 Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. 48 Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: —Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. 49 Y él les dijo: —¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre? 50 Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Vida oculta de Jesús en Nazaret (2,51-52)

51 Bajó con ellos, vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. 52 Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

LUCAS 3

II. PREPARACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS (3,1-4-13)**Predicación de San Juan Bautista (3,1-20)**

1 El año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, 2 bajo el sumo sacerdote Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto. 3 Y recorrió toda la región del Jordán predicando un bautismo de penitencia para remisión de los pecados, 4 tal como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: «Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas. 5 Todo valle será rellenado, y todo monte y colina allanados; los caminos torcidos serán rectos, y los caminos escarpados serán llanos. 6 Y todo hombre verá la salvación de Dios». 7 Y decía a las muchedumbres que acudían para que los bautizara: —Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que va a venir? 8 Dad, por tanto, frutos dignos de penitencia, y no empecéis a decir entre vosotros: «Tenemos por padre a Abrahán». Porque os aseguro que Dios puede hacer surgir de estas piedras hijos de Abrahán. 9 Además, ya está el hacha puesta junto a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego. 10 Las muchedumbres le preguntaban:—Entonces, ¿qué debemos hacer? 11 Él les contestaba: —El que tiene dos túnicas, que le dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, que haga lo mismo. 12 Llegaron también unos publicanos para bautizarse y le dijeron: —Maestro, ¿qué debemos hacer? 13 Y él les contestó: —No exijáis más de lo que se os ha señalado. 14 Asimismo le preguntaban los soldados: —Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer? Y les dijo: —No hagáis extorsión a nadie, ni denunciéis con falsedad, y contentaos con vuestras pagas. 15 Como el pueblo estaba expectante y todos se preguntaban en su interior si acaso Juan no sería el Cristo, 16 Juan salió al paso diciéndoles a todos: —Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatarle la correa de las sandalias: él os bautizará en el Espíritu

Santo y en fuego. 17Él tiene el bieldo en su mano, para limpiar su era y recoger el trigo en su granero, y quemará la paja con un fuego que no se apaga. 18 Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la buena nueva.

Prisión de San Juan Bautista

19 Pero el tetrarca Herodes, al ser reprendido por él a causa de Herodías, la mujer de su hermano, y por todas las maldades que había cometido Herodes, 20 añadió esta otra a las demás: metió a Juan en la cárcel.

Bautismo de Jesús (3,21-22)

21 Se estaba bautizando todo el pueblo. Y cuando Jesús fue bautizado, mientras estaba en oración, se abrió el cielo 22 y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma. Y se oyó una voz que venía del cielo: —Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido.

Genealogía de Jesús (3,23-38)

23 Tenía Jesús al comenzar unos treinta años, y era, según se pensaba, hijo de José, hijo de Helí, 24 hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melquí, hijo de Jannaí, hijo de José, 25 hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Naúm, hijo de Eslí, hijo de Nangaf, 26 hijo de Maaz, hijo de Matatías, hijo de Semeín, hijo de Joses, hijo de Jodá, 27 hijo de Joanán, hijo de Resá, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel. hijo de Neri, 28hijo de Melquí, hijo de Addí, hijo de Cosán, hijo de Elmadán, hijo de Er, 29 hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorín, hijo de Matat, hijo de Leví, 30 hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquín, 31 hijo de Meleá, hijo de Menná, hijo de Mattatá, hijo de Natán, hijo de David, 32 hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Sala, hijo de Naasón, 33 hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrón, hijo de Farés, hijo de Judá, 34 hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abrahán, hijo de Taré, hijo de Nacor, 35 hijo de Seruc, hijo de Ragau, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala, 36 hijo de Cainán, hijo

de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, 37 hijo de Matusalén, hijo de Henoc, hijo de Jaret, hijo de Maleel, hijo de Cainán, 38 hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

LUCAS 4

Ayuno y tentaciones de Jesús (4,1-13)

1 Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto 2 donde estuvo cuarenta días y fue tentado por el diablo. No comió nada en estos días, y al final sintió hambre. 3 Entonces le dijo el diablo: —Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan. 4 Y Jesús le respondió: —Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre. 5 Después el diablo lo llevó a un lugar elevado y le mostró todos los reinos de la superficie de la tierra en un instante 6 y le dijo: —Te daré todo este poder y su gloria, porque me han sido entregados y los doy a quien quiero. 7 Por tanto, si me adoras, todo será tuyo. 8 Y Jesús le respondió: —Escrito está: Adorarás al Señor tu Dios y solamente a Él darás culto. 9 Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso sobre el pináculo del Templo 10 y le dijo: —Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo, porque escrito está: Dará órdenes a sus ángeles sobre ti para que te protejan 11 y te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra. 12 Y Jesús le respondió: —Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios. 13 Y terminada toda tentación, el diablo se apartó de él hasta el momento oportuno.

PRIMERA PARTE

MINISTERIO DE JESÚS EN GALILEA (§ 4,14-9,50)

III. COMIENZOS DEL MINISTERIO DE JESÚS (4,14-6-11)

14 Entonces, por impulso del Espíritu, volvió Jesús a Galilea y se extendió su fama por toda la región. 15 Y enseñaba en sus sinagogas y era honrado por todos.

Predicación en Nazaret (4,14-30)

16 Llegó a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el sábado y se levantó para leer. 17 Entonces le entregaron el libro del profeta Isaías y, abriendo el libro, encontró el lugar donde estaba escrito: 18 El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anunciar la redención a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos 19 y para promulgar el año de gracia del Señor. 20 Y enrollando el libro se lo devolvió al ministro y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. 21 Y comenzó a decirles: —Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír. 22 Todos daban testimonio en favor de él y se maravillaban de las palabras de gracia que procedían de su boca, y decían: —¿No es éste el hijo de José? 23 Entonces les dijo: —Sin duda me aplicaréis aquel proverbio: «“Médico, cúrate a ti mismo”. Cuanto hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu tierra». 24 Y añadió: —En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su tierra. 25 Os digo de verdad que muchas viudas había en Israel en tiempos de Elías, cuando durante tres años y seis meses se cerró el cielo y hubo gran hambre por toda la tierra; 26 y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. 27 Muchos leprosos había también en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, más que Naamán el Sirio. 28 Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira 29 y se levantaron, le echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta la cima del monte sobre el que estaba edificada su ciudad para despeñarle. 30 Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

Jesús en la sinagoga de Cafarnaún (4,31-37)

31 Bajó a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y el sábado se puso a enseñarles. 32 Y se quedaron admirados de su enseñanza, porque su palabra iba acompañada de potestad. 33 Se encontraba en la sinagoga un hombre que tenía el espíritu de un demonio impuro, que gritó con gran voz: 34 —¡Déjanos!, ¿qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno?

¿Has venido a perdernos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios! 35 Y Jesús le conminó: —¡Cállate, y sal de él! Entonces el demonio, arrojándolo al suelo, allí en medio, salió de él, sin hacerle daño alguno. 36 Y todos se llenaron de estupor y se decían unos a otros: —¿Qué palabra es ésta, que con potestad y fuerza manda a los espíritus impuros y salen? 37 Y se divulgaba su fama por todos los lugares de la región.

Curación de la suegra de San Pedro (4,38-41)

38 Saliendo Jesús de la sinagoga, entró en casa de Simón. La suegra de Simón tenía una fiebre muy alta, y le rogaron por ella. 39 E inclinándose hacia ella, conminó a la fiebre, y la fiebre desapareció. Y al instante, ella se levantó y se puso a servirles.

Otras curaciones

40 A1 ponerse el sol, todos los que tenían enfermos con diversas dolencias se los traían. Y él, poniendo las manos sobre cada uno, los curaba. 41 De muchos salían demonios gritando y diciendo: —¡Tú eres el Hijo de Dios! Y él, increpándoles, no les dejaba hablar porque sabían que él era el Cristo.

Predicación en otras ciudades de Judea (4,42-44)

42 Cuando se hizo de día, salió hacia un lugar solitario, y la multitud le buscaba. Llegaron hasta él, e intentaban detenerlo para que no se alejara de ellos. 43 Pero él les dijo: —Es necesario que yo anuncie también a otras ciudades el Evangelio del Reino de Dios, porque para esto he sido enviado. 44 E iba predicando por las sinagogas de Judea.

LUCAS 5

Pesca milagrosa y vocación de los primeros discípulos (5,1-11)

1 Estaba Jesús junto al lago de Genesaret y la multitud se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios. 2 Y vio dos barcas que estaban a la orilla del lago; los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. 3 Entonces, subiendo a una de las barcas, que era

de Simón, le rogó que la apartase un poco de tierra. Y, sentado, enseñaba a la multitud desde la barca. 4 Cuando terminó de hablar, le dijo a Simón: —Guía mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca. 5 Simón le contestó: —Maestro, hemos estado bregando durante toda la noche y no hemos pescado nada; pero sobre tu palabra echaré las redes. 6 Lo hicieron y recogieron gran cantidad de peces. Tantos, que las redes se rompían. 7 Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que vinieran y les ayudasen. Vinieron, y llenaron las dos barcas, de modo que casi se hundían. 8 Cuando lo vio Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: —Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador. 9 Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos estaban con él, por la gran cantidad de peces que habían pescado. 10 Lo mismo sucedía a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús le dijo a Simón: —No temas; desde ahora serán hombres los que pescarás. 11 Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron.

Curación de un leproso (5,12-16)

12 Cuando estaba en una de las ciudades, un hombre cubierto de lepra, al ver a Jesús, se postró en tierra y le suplicó diciendo: —Señor, si quieres, puedes limpiarme. 13 Y extendiendo Jesús la mano le tocó diciendo: —Quiero, queda limpio. Y al instante desapareció de él la lepra. 14 Y él le mandó que no lo dijese a nadie; pero añadió: —Anda, preséntate al sacerdote, y lleva la ofrenda por tu curación, como ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio. 15 Se extendía su fama cada vez más, y concurrían numerosas muchedumbres para oírle y para ser curados de sus enfermedades. 16 Pero él se retiraba a lugares apartados y hacía oración.

Curación de un paralítico (5,17-26)

17 Estaba Jesús un día enseñando. Y estaban sentados algunos fariseos y doctores de la Ley, que habían venido de todas las aldeas de

Galilea, de Judea y de Jerusalén. Y la fuerza del Señor le impulsaba a curar. 18 Entonces, unos hombres, que traían en una camilla a un paralítico, intentaban meterlo dentro y colocarlo delante de él. 19 Y como no encontraban por dónde introducirlo a causa del gentío, subieron al terrado, y por entre las tejas lo descolgaron en la camilla hasta ponerlo en medio, delante de Jesús. 20 Al ver Jesús la fe de ellos, dijo: —Hombre, tus pecados te son perdonados. 21 Entonces los escribas y fariseos empezaron a pensar: «¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?» 22 Pero conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: —¿Qué estáis pensando en vuestros corazones? 23 ¿Qué es más fácil decir: «Tus pecados te son perdonados», o decir: «Levántate, y anda»? 24 Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados —se dirigió al paralítico—, a ti te digo: levántate, toma tu camilla y marcha a tu casa. 25 Y al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que yacía y se fue a su casa glorificando a Dios. 26 El asombro se apoderó de todos y glorificaban a Dios. Y llenos de temor decían: —Hoy hemos visto cosas maravillosas.

La vocación de Mateo (5,27-32)

27 Después de esto, salió y vio a un publicano, llamado Leví, sentado al telonio, y le dijo: —Sígueme. 28 Y, dejadas todas las cosas, se levantó y le siguió. 29 Y Leví preparó en su casa un gran banquete para él. Había un gran número de publicanos y de otros que le acompañaban a la mesa. 30 Y los fariseos y sus escribas empezaron a murmurar y a decir a los discípulos de Jesús: —¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? 31 Y respondiendo Jesús les dijo: —No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. 32 No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia.

Cuestión sobre el ayuno (5,33-39)

33 Pero ellos le dijeron: —¿Por qué los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen oraciones, y lo mismo los de los fariseos; y en

cambio, los tuyos comen y beben? 34 Jesús les respondió: —¿Acaso podéis hacer ayunar a los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? 35 Ya vendrán los días en que les será arrebatado el esposo; entonces, en aquellos días, ayunarán. 36 Y les decía también una parábola: —Nadie pone a un vestido viejo un remiendo cortado de un vestido nuevo, porque entonces, además de romper el nuevo, el remiendo del vestido nuevo no le iría bien al viejo. 37 Tampoco echa nadie vino nuevo en odres viejos; porque entonces el vino nuevo reventará los odres, y se derramará, y los odres se perderán. 38 El vino nuevo debe echarse en odres nuevos. 39 Y ninguno acostumbrado a beber vino añejo quiere del nuevo, porque dice: «El añejo es mejor».

LUCAS 6

Cuestión sobre el sábado (6,1-11)

1 Un sábado pasaba él por entre unos sembrados, y sus discípulos arrancaban espigas, las desgranaban con las manos y se las comían. 2 Algunos fariseos les dijeron: —¿Por qué hacéis en sábado lo que no es lícito? 3 Y Jesús respondiéndoles dijo: —¿No habéis leído lo que hizo David, cuando tuvieron hambre él y los que le acompañaban? 4 ¿Cómo entró en la Casa de Dios, tomó los panes de la proposición y comió y dio a los que le acompañaban, a pesar de que sólo a los sacerdotes les es lícito comerlos? 5 Y les decía: —El Hijo del Hombre es señor del sábado.

Curación del hombre de la mano seca

6 Otro sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Y había allí un hombre que tenía seca la mano derecha. 7 Los escribas y los fariseos le observaban a ver si curaba en sábado, para encontrar de qué acusarle. 8 Pero él conocía sus pensamientos y le dijo al hombre que tenía la mano seca: —Levántate y ponte en medio. Y se levantó y se puso en medio. 9 Entonces Jesús les dijo: —Yo os pregunto: ¿es lícito en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar la vida de un hombre o perderla? 10 Entonces, mirando a todos los que estaban a su alrededor,

le dijo al hombre que tenía la mano seca: —Extiende tu mano. Él lo hizo, y su mano quedó curada. 11 Ellos se llenaron de rabia y comenzaron a discutir entre sí qué harían contra Jesús.

IV. MILAGROS Y ACTIVIDAD DE JESÚS EN GALILEA (6,12-8,56)

Elección de los Doce Apóstoles (6,12-16)

12 En aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios. 13 Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y de entre ellos eligió a doce, a los que denominó apóstoles: 14 a Simón, a quien también llamó Pedro, y a su hermano Andrés, a Santiago, a Juan, a Felipe, a Bartolomé, 15 a Mateo, a Tomás, a Santiago de Alfeo, a Simón, llamado Zelotes, 16 a Judas de Santiago y a Judas Iscariote, que fue el traidor.

El Discurso en el llano (6,17-19)

17 Bajando con ellos, se detuvo en un lugar llano. Y había una multitud de sus discípulos, y una gran muchedumbre del pueblo procedente de toda Judea y de Jerusalén y del litoral de Tiro y Sidón, 18 que vinieron a oírle y a ser curados de sus enfermedades. Y los que estaban atormentados por espíritus impuros quedaban curados. 19 Toda la multitud intentaba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos.

Las Bienaventuranzas e imprecaciones (6,20-26)

20 Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, comenzó a decir: —
»Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. 21
»Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. »Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. 22
»Bienaventurados cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como maldito, por causa del Hijo del Hombre. 23 Alegraos en aquel día y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo; pues de este modo se comportaban sus padres con los profetas. 24 »Pero ¡ay de vosotros los ricos,

porque ya habéis recibido vuestro consuelo! 25 »¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre! »¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! 26 »¡Ay cuando los hombres hablen bien de vosotros, pues de este modo se comportaban sus padres con los falsos profetas!

Amor a los enemigos (6,27-38)

27 »Pero a vosotros que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian; 28 bendecid a los que os maldicen y rogad por los que os calumnian. 29 Al que te pegue en una mejilla ofrécele también la otra, y al que te quite el manto no le niegues tampoco la túnica. 30 Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no se lo reclames. 31 »Como queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo de igual manera con ellos. 32 Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis?, pues también los pecadores aman a quienes les aman. 33 Y si hacéis el bien a quienes os hacen el bien, ¿qué mérito tendréis?, pues también los pecadores hacen lo mismo. 34 Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis?, pues también los pecadores prestan a los pecadores para recibir otro tanto. 35 »Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada por ello; y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los ingratos y con los malos. 36 Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. 37 No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados; 38 dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante: porque con la misma medida con que midáis se os medirá.

Rectitud de corazón (6,39-49)

39 Les dijo también una parábola: —¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? 40 »No está el discípulo por encima del maestro; todo aquel que esté bien instruido podrá ser como su maestro. 41 »¿Por qué te fijas en la mota del ojo de tu hermano y no

reparas en la viga que hay en tu propio ojo? 42 ¿Cómo puedes decir a tu hermano: «Hermano, deja que saque la mota que hay en tu ojo», no viendo tú mismo la viga que hay en el tuyo? Hipócrita: saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad cómo sacar la mota del ojo de tu hermano. 43 »Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni tampoco árbol malo que dé buen fruto. 44Pues cada árbol se conoce por su fruto; no se recogen higos de los espinos, ni se vendimian uvas del zarzal. 45 El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el malo de su mal saca lo malo: porque de la abundancia del corazón habla su boca. 46 »¿Por qué me llamáis: «Señor, Señor», y no hacéis lo que digo? 47 Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las pone en práctica, os diré a quién se parece. 48 Se parece a un hombre que, al edificar una casa, cavó muy hondo y puso los cimientos sobre la roca. Al venir una inundación, el río rompió contra aquella casa, y no pudo derribarla porque estaba bien edificada. 49 »El que oye y no pone en práctica se parece a un hombre que edificó su casa sobre la tierra sin cimientos: rompió contra ella el río y enseguida se derrumbó, y fue tremenda la ruina de aquella casa.

LUCAS 7

La fe del centurión (7,1-10)

1 Cuando terminó de decir todas estas palabras al pueblo que le escuchaba, entró en Cafarnaún. 2 Había allí un centurión que tenía un siervo enfermo, a punto de morir, a quien estimaba mucho. 3 Habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera a curar a su siervo. 4 Ellos, al llegar donde Jesús, le rogaban encarecidamente diciendo: —Merece que hagas esto, 5porque aprecia a nuestro pueblo y él mismo nos ha construido la sinagoga. 6 Jesús, pues, se puso en camino con ellos. Y no estaba ya lejos de la casa cuando el centurión le envió unos amigos para decirle: —Señor, no te tomes esa molestia, porque no soy digno de que entres en mi casa, 7 por eso ni siquiera yo mismo me he considerado digno de ir a tu encuentro. Pero dilo de palabra y mi criado quedará sano. 8 Pues tam-

bién yo soy un hombre sometido a disciplina y tengo soldados a mis órdenes. Le digo a uno: «Vete», y va; y a otro: «Ven», y viene; y a mi siervo: «Haz esto», y lo hace. 9 Al oír esto, Jesús se admiró de él, y volviéndose a la multitud que le seguía, dijo: —Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande. 10 Y cuando volvieron a casa, los enviados encontraron sano al siervo.

Resurrección del hijo de la viuda de Naín (7,11-17)

11 Después, marchó a una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. 12 Al acercarse a la puerta de la ciudad, resultó que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre, que era viuda. Y la acompañaba una gran muchedumbre de la ciudad. 13 El Señor la vio y se compadeció de ella. Y le dijo: —No llores. 14 Se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: —Muchacho, a ti te digo, levántate. 15 Y el que estaba muerto se incorporó y comenzó a hablar. Y se lo entregó a su madre. 16 Y se llenaron todos de temor y glorificaban a Dios diciendo: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo». 17 Esta opinión sobre él se divulgó por toda Judea y por todas las regiones vecinas.

Embajada de San Juan Bautista (7,18-35)

18 Informaron a Juan sus discípulos de todas estas cosas. 19 Y Juan llamó a dos de ellos, y los envió al Señor a preguntarle: —¿Eres tú el que va a venir o esperamos a otro? 20 Cuando aquellos hombres se presentaron ante él le dijeron: —Juan el Bautista nos ha enviado a ti a preguntarte: «¿Eres tú el que va a venir o esperamos a otro?». 21 En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades, de dolencias y de malos espíritus y dio la vista a muchos ciegos. 22 Y les respondió: —Id y anunciadle a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio. 23 Y bienaventurado el que no se escandalice de mí. 24 Cuando los enviados de Juan se marcharon, se puso a hablar de Juan a la multitud: —¿Qué salisteis a ver

en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? 25 Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con finos ropajes? Daos cuenta de que los que visten con lujo y viven entre placeres están en palacios de reyes. 26 Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os lo aseguro, y más que un profeta. 27 Éste es de quien está escrito: Mira que envío a mi mensajero delante de ti, para que vaya preparándote el camino. 28 »Os digo que entre los nacidos de mujer nadie hay mayor que Juan; pero el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él. 29 »Y todo el pueblo –incluso los publicanos– le escuchó y reconoció la justicia de Dios, recibiendo el bautismo de Juan. 30 Pero los fariseos y los doctores de la Ley rechazaron el plan de Dios sobre ellos al no querer ser bautizados por él.

Reproches contra la incredulidad

31 »Así pues, ¿con quién voy a comparar a los hombres de esta generación? ¿A quién se parecen? 32 Se parecen a los niños sentados en la plaza y que se gritan unos a otros aquello que dice: «Hemos tocado para vosotros la flauta y no habéis bailado; hemos cantado lamentaciones y no habéis llorado». 33 Porque viene Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino, y decís: «Tiene un demonio». 34 Viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: «Fijaos: un hombre comilón y bebedor, amigo de publicanos y de pecadores». 35 »Pero la sabiduría queda acreditada por todos sus hijos.

El perdón de la mujer pecadora (7,36-50)

36 Uno de los fariseos le rogaba que comiera con él; entrando en casa del fariseo se recostó a la mesa. 37 Y entonces una mujer pecadora que había en la ciudad, al enterarse que estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro con perfume, 38 y por detrás se puso a sus pies llorando; y comenzó a bañarle los pies con sus lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungía con el perfume. 39 Al ver esto el fariseo que le había invitado, se decía: «Si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la

que le toca: que es una pecadora». 40 Jesús tomó la palabra y le dijo: —Simón, tengo que decirte una cosa. Y él contestó: —Maestro, di. 41 —Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta. 42 Como ellos no tenían con qué pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amará más? 43 —Supongo que aquel a quien perdonó más —contestó Simón. Entonces Jesús le dijo: —Has juzgado con rectitud. 44 Y vuelto hacia la mujer, le dijo a Simón: —¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella en cambio me ha bañado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. 45 No me diste el beso. Pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. 46 No has ungido mi cabeza con aceite. Ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. 47 Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien menos se perdona menos ama. 48 Entonces le dijo a ella: —Tus pecados quedan perdonados. 49 Y los convidados comenzaron a decir entre sí: —¿Quién es éste que hasta perdona los pecados? 50 El le dijo a la mujer: —Tu fe te ha salvado; vete en paz.

LUCAS 8

Las santas mujeres (8,1-3)

1 Sucedió, después, que él pasaba por ciudades y aldeas predicando y anunciando el Evangelio del Reino de Dios. Le acompañaban los doce 2 y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; 3 y Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes.

Parábola del sembrador. Sentido de las parábolas (8,4-18)

4 Reuniéndose una gran muchedumbre que de todas las ciudades acudía a él, dijo esta parábola: 5 —Salió el sembrador a sembrar su semilla; y al echar la semilla, parte cayó junto al camino, y fue pisoteada y se la comieron las aves del cielo. 6 Parte cayó sobre piedras, y cuando nació se secó por falta de humedad. 7 Otra parte cayó en medio de las

espinas, y habiendo crecido con ella las espinas la ahogaron. 8 Y otra cayó en la tierra buena, y cuando nació dio fruto al ciento por uno. Dicho esto, exclamó: —El que tenga oídos para oír, que oiga. 9 Entonces sus discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola. 10 Él les dijo: —A vosotros se os ha concedido el conocer los misterios del Reino de Dios, pero a los demás, sólo a través de parábolas, de modo que viendo no vean y oyendo no entiendan. 11 »El sentido de la Parábola es éste: la semilla es la palabra de Dios. 12 Los que están junto al camino son aquellos que han oído; pero viene luego el diablo y se lleva la palabra de su corazón, no sea que creyendo se salven. 13 Los que están sobre piedras son aquellos que, cuando oyen, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; éstos creen durante algún tiempo, pero a la hora de la tentación se vuelven atrás. 14 Lo que cayó entre espinos son los que oyeron, pero en su caminar se ahogan a causa de las preocupaciones, riquezas y placeres de la vida y no llegan a dar fruto. 15 Y lo que cayó en tierra buena son los que oyen la palabra con un corazón bueno y generoso, la conservan y dan fruto mediante la perseverancia.

Parábola de la lámpara

16 »Nadie que ha encendido una lámpara la oculta con una vasija o la pone debajo de la cama, sino que la pone sobre un candelero para que los que entran vean la luz. 17 Porque nada hay escondido que no acabe por saberse; ni secreto que no acabe por conocerse y hacerse público. 18 Mirad, pues, cómo oís: porque al que tiene se le dará; y al que no tiene incluso lo que piensa tener se le quitará.

El verdadero parentesco con Jesús (8,19-21)

19 Vinieron a verle su madre y sus hermanos, y no podían acercarse a él a causa de la muchedumbre. 20 Y le avisaron: —Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte. 21 Él, en respuesta, les dijo: —Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen.

La tempestad calmada (8,22-25)

22 Un día, subió él a una barca con sus discípulos y les dijo: — Crucemos a la otra orilla del lago. Y partieron. 23 Mientras ellos navegaban, se durmió. Y se desencadenó una tempestad de viento en el lago, de modo que se llenaban de agua y corrían peligro. 24 Se le acercaron para despertarle diciendo: —¡Maestro, Maestro, que perecemos! Puesto en pie, increpó al viento y a las olas, que cesaron; y sobrevino la calma. 25 Entonces les dijo: —¿Dónde está vuestra fe? Ellos, llenos de temor, se asombraron y se decían unos a otros: —¿Quién es éste que manda a los vientos y al agua, y le obedecen?

El endemoniado de Gerasa (8,26-39)

26 Navegaron hasta la región de los gerasenos, que está al otro lado, enfrente de Galilea. 27 Y cuando saltó a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad endemoniado; desde hacía mucho tiempo no llevaba ropa, ni habitaba en casas sino en los sepulcros. 28 Al ver a Jesús, cayó ante él gritando y dijo con gran voz: —¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te suplico que no me atormentes. 29 Pues Jesús mandaba al espíritu impuro que saliera de aquel hombre; porque muchas veces se apoderaba de él, y aunque le sujetaban con cadenas y le ponían grillos para custodiarle, rotas las ataduras, era impulsado por el demonio al desierto. 30 Jesús le preguntó: —¿Cuál es tu nombre? Él dijo: —Legión —porque habían entrado en él muchos demonios. 31 Y le suplicaban que no les ordenase ir al abismo. 32 Había por allí una gran piara de cerdos que estaban paciando en el monte; y le suplicaron que les permitiese entrar en ellos. Y se lo permitió. 33 Los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos; y la piara se lanzó corriendo por la pendiente hacia el lago y se ahogó. 34 Al ver los porqueros lo ocurrido, huyeron, y lo contaron por la ciudad y por los campos. 35 Salieron a ver lo que había pasado, llegaron hasta Jesús, y encontraron al hombre del que habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio, y les entró miedo. 36 Los que lo habían presenciado les contaron cómo había sido salvado el endemoniado. 37 Y toda la gente de la región de los gerasenos le pidió

que se alejara de ellos, porque estaban sobrecogidos de temor. Él subió a la barca y se volvió. 38 El hombre de quien habían salido los demonios le pedía quedarse con él; pero lo despidió diciendo: 39 —Vuelve a tu casa y cuenta las grandes cosas que Dios ha hecho contigo. Y se marchó proclamando por toda la ciudad lo que Jesús había hecho con él.

Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroisa (8,40-56)

40 Al volver Jesús le recibió la muchedumbre, porque todos estaban esperándole. 41 Entonces llegó un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y se postró a los pies de Jesús suplicándole que entrase en su casa, 42 porque tenía una hija única de unos doce años que se estaba muriendo. Mientras iba, la multitud le apretujaba. 43 Y una mujer que tenía un flujo de sangre desde hacía doce años y que había gastado toda su hacienda en médicos sin que ninguno hubiese podido curarla 44 se acercó por detrás, le tocó el borde del manto y al instante cesó el flujo de sangre. 45 Entonces dijo Jesús: —¿Quién es el que me ha tocado? Al negarlo todos, dijo Pedro: —Maestro, la muchedumbre te aprieta y te empuja. 46 Pero Jesús dijo: —Alguien me ha tocado, porque yo me he dado cuenta de que una fuerza ha salido de mí. 47 Viendo la mujer que aquello no había quedado oculto, se acercó temblando, se postró ante él y declaró delante de todo el pueblo la causa por la que le había tocado, y cómo al instante había quedado curada. 48 Él entonces le dijo: —Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz. 49 Todavía estaba él hablando, cuando vino uno de la casa del jefe de la sinagoga diciendo: —Tu hija ha muerto, no molestes más al Maestro. 50 Al oírlo Jesús, le respondió: —No temas, tan sólo ten fe y se salvará. 51 Cuando llegó a la casa, no permitió que nadie entrara con él, excepto Pedro, Juan y Santiago, y el padre y la madre de la niña. 52 Todos lloraban y se lamentaban por ella. Pero él dijo: —No lloréis; no ha muerto, sino que duerme. 53 Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. 54 Él, tomándola de la mano, dijo en voz alta: —Niña, levántate. 55 Volvió a ella

su espíritu y al instante se levantó, y Jesús mandó que le dieran de comer. 56 Y sus padres quedaron asombrados; pero él les ordenó que no dijeran a nadie lo que había sucedido.

LUCAS 9

V. VIAJE DE JESÚS CON SUS APÓSTOLES (9,1-50)

Misión de los Apóstoles (9,1-6)

1 Convocó a los doce y les dio poder y potestad sobre todos los demonios, y para curar enfermedades. 2 Los envió a predicar el Reino de Dios y a sanar a los enfermos. 3 Y les dijo: —No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas. 4 En cualquier casa que entréis, quedaos allí hasta que de allí os vayáis. 5 Y si nadie os acoge, al salir de aquella ciudad, sacudíos el polvo de los pies en testimonio contra ellos. 6 Se marcharon y pasaban por las aldeas evangelizando y curando por todas partes.

Opinión de Herodes sobre Jesús (9,7-9)

7 El tetrarca Herodes oyó todo lo que ocurría y estaba perplejo, porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos, 8 otros que Elías había aparecido, otros que había resucitado alguno de los antiguos profetas. 9 Y dijo Herodes: —A Juan lo he decapitado yo, ¿quién es, entonces, éste del que oigo tales cosas? Y deseaba verlo.

Regreso de los Apóstoles.

Multiplicación de los panes (9,10-17)

10 Cuando volvieron los apóstoles, le contaron todo lo que habían hecho; y, tomándolos consigo, se retiró aparte hacia una ciudad llamada Betsaida. 11 Cuando la gente se dio cuenta, le siguió. Y les acogió y les hablaba del Reino de Dios, y sanaba a los que tenían necesidad. 12 Empezaba a declinar el día, y se acercaron los doce para decirle: —Despide a la muchedumbre, para que se vayan a los pueblos y aldeas de alrededor, a buscar albergue y a proveerse de alimentos; porque

aquí estamos en un lugar desierto. 13 Él les dijo: —Dadles vosotros de comer. Pero ellos dijeron: —No tenemos más que cinco panes y dos peces, a no ser que vayamos nosotros y compremos comida para todo este gentío 14 —había unos cinco mil hombres. Entonces les dijo a sus discípulos: —Hacedlos sentar en grupos de cincuenta. 15 Así lo hicieron, y acomodaron a todos. 16 Tomando los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo y pronunció la bendición sobre ellos, los partió y empezó a dárselos a sus discípulos, para que los distribuyeran entre la muchedumbre. 17 Comieron hasta que todos quedaron satisfechos. Y de los trozos que sobraron, ellos recogieron doce cestos.

Confesión de San Pedro (9,18-21)

18 Cuando estaba haciendo oración a solas, y se encontraban con él los discípulos, les preguntó: —¿Quién dicen las gentes que soy yo? 19 Ellos respondieron: —Juan el Bautista. Pero hay quienes dicen que Elías, y otros que ha resucitado uno de los antiguos profetas. 20 Pero él les dijo: —Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Respondió Pedro: —El Cristo de Dios. 21 Pero él les amonestó y les ordenó que no dijeran esto a nadie.

Jesús predice su Pasión y su Gloria

Necesidad de la abnegación para seguir a Jesús (9,22-27)

22 Y añadió que el Hijo del Hombre debía padecer mucho y ser rechazado por causa de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser llevado a la muerte y resucitar al tercer día. 23 Y les decía a todos: —Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día, y que me siga. 24 Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará. 25 »Porque ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero si se destruye a sí mismo o se pierde? 26 Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria y en la del Padre y en la de los santos ángeles. 27 Os aseguro de verdad que hay algunos de los aquí pre-

sentes que no sufrirán la muerte hasta que vean el Reino de Dios.

La Transfiguración (9,28-36)

28 Unos ocho días después de estas palabras, se llevó con él a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a un monte para orar. 29 Mientras él oraba, cambió el aspecto de su rostro, y su vestido se volvió blanco y muy brillante. 30 En esto, dos hombres comenzaron a hablar con él: eran Moisés y Elías 31 que, aparecidos en forma gloriosa, hablaban de la salida de Jesús que iba a cumplirse en Jerusalén. 32 Pedro y los que estaban con él se encontraban rendidos por el sueño. Y al despertar, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban a su lado. 33 Cuando éstos se apartaron de él, le dijo Pedro a Jesús: —Maestro, qué bien estamos aquí; hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías —pero no sabía lo que decía. 34 Mientras así hablaba, se formó una nube y los cubrió con su sombra. Al entrar ellos en la nube, se atemorizaron. 35 Y se oyó una voz desde la nube que decía: —Éste es mi Hijo, el elegido: escuchadle. 36 Cuando sonó la voz, se quedó Jesús solo. Ellos guardaron silencio, y a nadie dijeron por entonces nada de lo que habían visto.

Curación del muchacho lunático (9,37-43)

37 Sucedió al día siguiente que, al bajar ellos del monte, le salió al encuentro una gran muchedumbre. 38 Y en medio de ella un hombre clamó diciendo: —Maestro, te ruego que veas a mi hijo, porque es el único que tengo: 39 un espíritu se apodera de él, y enseguida grita, le hace retorcerse entre espumarajos y a duras penas se aparta de él, dejándolo maltrecho. 40 Y les he rogado a tus discípulos que lo expulsen, pero no han podido. 41 Jesús contestó: —¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar entre vosotros y soportaros? Trae aquí a tu hijo. 42 Y al acercarse, el demonio lo revolcó por el suelo y le hizo retorcerse. Entonces Jesús increpó al espíritu impuro y curó al niño, devolviéndolo a su padre. 43 Todos quedaron asombrados de la grandeza de Dios.

Segundo anuncio de la Pasión (9,43-45)

Y estando todos admirados por cuantas cosas hacía, dijo a sus discípulos: 44 —Grabad en vuestros oídos estas palabras: el Hijo Hombre va a ser entregado en manos de los hombres. 45 Pero ellos no entendían este lenguaje, y les resultaba tan oscuro, que no lo comprendían; y temían preguntarle sobre este asunto.

Humildad y tolerancia (9,46-50)

46 Les vino al pensamiento cuál de ellos sería el mayor. 47 Pero Jesús, conociendo los pensamientos de sus corazones, acercó a un niño, lo puso a su lado 48 y les dijo: —El que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado: pues el menor entre todos vosotros, ése es el mayor. 49 Entonces dijo Juan: —Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros. 50 Y Jesús le dijo: —No se lo prohibáis, pues el que no está contra vosotros con vosotros está.

SEGUNDA PARTE**MINISTERIO EN LA SUBIDA A JERUSALÉN (§ 9,51-19,27)****VI. INICIO DEL VIAJE (9,51-10,24)****Los samaritanos no reciben a Jesús (9,51-56)**

51 Y cuando iba a cumplirse el tiempo de su partida, Jesús decidió firmemente marchar hacia Jerusalén. 52 Y envió por delante a unos mensajeros, que entraron en una aldea de samaritanos para prepararle hospedaje, 53 pero no le acogieron porque llevaba la intención de ir a Jerusalén. 54 Al ver esto, sus discípulos Santiago y Juan le dijeron: — Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? 55 Pero él se volvió hacia ellos y les reprendió. 56 Y se fueron a otra aldea.

Exigencias para el que sigue a Jesús (9,57-62)

57 Mientras iban de camino, uno le dijo: —Te seguiré adonde vayas.
58 Jesús le dijo: —Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza. 59 A otro le dijo: —Sígueme. Pero éste contestó: —Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre. 60 —Deja a los muertos enterrar a sus muertos —le respondió Jesús—; tú vete a anunciar el Reino de Dios. 61 Y otro dijo: —Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los de mi casa. 62 Jesús le dijo: —Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.

LUCAS 10

Misión de los setenta y dos discípulos (10,1-12)

1 Después de esto designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. 2 Y les decía: —La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, por tanto, al señor de la mies que envíe obreros a su mies. 3 Id: mirad que yo os envío como corderos en medio de lobos. 4 No llevéis bolsa ni alforja ni sandalias, y no saludéis a nadie por el camino. 5 En la casa en que entréis decid primero: «Paz a esta casa». 6 Y si allí hubiera algún hijo de la paz, descansará sobre él vuestra paz; de lo contrario, retornará a vosotros. 7 Permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tengan, porque el que trabaja merece su salario. No vayáis de casa en casa. 8 Y en la ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os pongan; 9 curad a los enfermos que haya en ella y decidles: «El Reino de Dios está cerca de vosotros». 10 Pero en la ciudad donde entréis y no os acojan, salid a sus plazas y decid: 11 «Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies lo sacudimos contra vosotros; pero sabed esto: el Reino de Dios está cerca». 12 Os digo que en aquel día Sodoma será tratada con menos rigor que aquella ciudad.

Jesús increpa a las ciudades incrédulas (10,13-16)

13 »¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Si-

dón hubieran sido realizados los milagros que se han obrado en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia sentados en saco y ceniza. 14 Sin embargo, en el Juicio Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras. 15 »Y tú, Cafarnaún, ¿acaso serás exaltada hasta el cielo? ¡Hasta los infiernos vas a descender! 16 »Quien a vosotros os oye, a mí me oye; quien a vosotros os desprecia, a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado.

Regreso de la misión (10,17-20)

17 Volvieron los setenta y dos llenos de alegría diciendo: —Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. 18 Él les dijo: —Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo. 19 Mirad, os he dado potestad para aplastar serpientes y escorpiones y sobre cualquier poder del enemigo, de manera que nada podrá haceros daño. 20 Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en el cielo.

Acción de gracias de Jesús (10,21-24)

21 En aquel mismo momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: —Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. 22 Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo. 23 Y volviéndose hacia los discípulos les dijo aparte: —Bienaventurados los ojos que ven lo que estáis viendo. 24 Pues os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron; y oír lo que estáis oyendo y no lo oyeron.

VII. AMPLIACIÓN DE LAS ENSEÑANZAS (10,25-11,54)

Parábola del buen samaritano (10,25-37)

25 Entonces un doctor de la Ley se levantó y dijo para tentarle: — Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? 26 Él le con-

testó: —¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees tú? 27 Y éste le respondió: —Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo. 28 Y le dijo: —Has respondido bien: haz esto y vivirás. 29 Pero él, queriendo justificarse, le dijo a Jesús: —¿Y quién es mi prójimo? 30 Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: —Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto. 31 Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo. 32 Igualmente, un levita llegó cerca de aquel lugar y, al verlo, también pasó de largo. 33 Pero un samaritano que iba de viaje se llegó hasta él y, al verlo, se llenó de compasión. 34 Se acercó y le vendó las heridas echando en ellas aceite y vino. Lo montó en su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó. 35 Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: «Cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta». 36 ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los salteadores? 37 Él le dijo: —El que tuvo misericordia con él. —Pues anda —le dijo Jesús—, y haz tú lo mismo.

Marta y María acogen a Jesús (10,38-42)

38 Cuando iban de camino entró en cierta aldea, y una mujer que se llamaba Marta le recibió en su casa. 39 Tenía ésta una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. 40 Pero Marta andaba afanada con numerosos quehaceres y poniéndose delante dijo: —Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas de servir? Dile entonces que me ayude. 41 Pero el Señor le respondió: —Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. 42 Pero una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.

LUCAS 11

El Padrenuestro (11,1-4)

1 Estaba haciendo oración en cierto lugar. Y cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos:—Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. 2 Él les respondió:—Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino; 3 sigue dándonos cada día nuestro pan cotidiano; 4 y perdónanos nuestros pecados, puesto que también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos pongas en tentación.

Eficacia de la oración (11,5-13)

5 Y les dijo: —¿Quién de vosotros que tenga un amigo y acuda a él a media noche y le diga: «Amigo, préstame tres panes, 6 porque un amigo mío me ha llegado de viaje y no tengo qué ofrecerle», 7 le responderá desde dentro: «No me molestes, ya está cerrada la puerta; los míos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos»? 8 Os digo que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su impertinencia se levantará para darle cuanto necesite. 9 »Así pues, yo os digo: pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá; 10 porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. 11 »¿Qué padre de entre vosotros, si un hijo suyo le pide un pez, en lugar de un pez le da una serpiente? 12 ¿O si le pide un huevo, le da un escorpión? 13 Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

Expulsión de los demonios y Reino de Dios (11,14-26)

14 Estaba expulsando un demonio que era mudo. Y cuando salió el demonio, habló el mudo y la multitud se quedó admirada; 15 pero algunos de ellos dijeron: —Expulsa los demonios por Beelzebul, el príncipe de los demonios. 16 Y otros, para tentarle, le pedían una señal del cielo. 17 Pero él, que conocía sus pensamientos, les replicó: —Todo reino dividido contra sí mismo queda desolado y cae casa contra casa. 18 Si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo se sostendrá su reino? Puesto que decís que expulsó los demonios por Beelzebul. 19 Si

yo expulso los demonios por Beelzebul, vuestros hijos ¿por quién los expulsan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. 20 Pero si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. 21 »Cuando uno que es fuerte y está bien armado custodia su palacio, sus bienes están seguros; 22 pero si llega otro más fuerte y le vence, le quita las armas en las que confiaba y reparte su botín. 23 »El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama. 24 »Cuando el espíritu impuro ha salido de un hombre, vaga por lugares áridos en busca de descanso, pero al no encontrarlo dice: «Me volveré a mi casa, de donde salí». 25 Y al llegar la encuentra bien barrida y en orden. 26 Entonces va, toma otros siete espíritus peores que él, y entrando se instalan allí, con lo que la situación última de aquel hombre resulta peor que la primera.

Exigencia de la palabra de Dios (11,27-28)

27 Mientras él estaba diciendo todo esto, una mujer de en medio de la multitud, alzando la voz, le dijo: —Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron. 28 Pero él replicó:—Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan.

La señal de Jonás (11,29-32)

29 Habiéndose reunido una gran muchedumbre, comenzó a decir: —Esta generación es una generación perversa; busca una señal y no se le dará otra señal que la de Jonás. 30 Porque, así como Jonás fue señal para los habitantes de Nínive, del mismo modo lo será también el Hijo del Hombre para esta generación. 31 La reina del Sur se levantará en el Juicio contra los hombres de esta generación y los condenará: porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y daos cuenta de que aquí hay algo más que Salomón. 32 Los hombres de Nínive se levantarán en el Juicio contra esta generación y la condenarán: porque ellos se convirtieron ante la predicación de Jonás, y daos cuenta de que aquí hay algo más que Jonás.

Luz del cuerpo, luz del alma (11,33-36)

33 »Nadie que ha encendido una lámpara la pone en un sitio oculto ni debajo de un celemín, sino sobre un candelero, para que los que entren vean la luz. 34 La lámpara del cuerpo es tu ojo. Cuando tú ojo es sencillo, todo tu cuerpo también está iluminado. Pero cuando tu ojo es malicioso, también tu cuerpo queda en tinieblas. 35 Mira, por tanto, no sea que la luz que hay en ti sea tinieblas. 36 Y si todo tu cuerpo está iluminado, sin que haya en él parte alguna oscura, todo él estará iluminado como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor.

Reproches a escribas y fariseos (11,37-54)

37 Cuando terminó de hablar, cierto fariseo le rogó que comiera en su casa. Entró y se puso a la mesa. 38 El fariseo se quedó extrañado al ver que Jesús no se había lavado antes de la comida. 39 Pero el Señor le dijo: —Así que vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, pero vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. 40 ¡Insensatos! ¿Acaso quien hizo lo de fuera no ha hecho también lo de dentro? 41 Dad, más bien, limosna de lo que guardáis dentro, y así todo será puro para vosotros. 42 Pero, ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de todas las legumbres, pero despreciáis la justicia y el amor de Dios! ¡Hay que hacer esto sin descuidar lo otro! 43 »¡Ay de vosotros, fariseos, porque apetecéis los primeros asientos en las sinagogas y que os saluden en las plazas! 44 »¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros disimulados, sobre los que pasan los hombres sin saberlo! 45 Entonces, cierto doctor de la Ley, tomando la palabra, le replica: —Maestro, diciendo tales cosas nos ofendes también a nosotros. 46 Pero él dijo: —¡Ay también de vosotros, los doctores de la Ley, porque imponéis a los hombres cargas insoportables, pero vosotros ni con uno de vuestros dedos las tocáis! 47 »¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas, después que vuestros padres los mataron! 48 Así pues, sois testigos de las obras de vuestros padres y consentís en ellas, porque ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros. 49 Por eso dijo la sabiduría de Dios: «Les enviaré profetas y apóstoles, y a algunos los matarán y perseguirán, 50 para

que se pida cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo, 51 desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, asesinado entre el altar y el Templo». Sí, os lo aseguro: se le pedirán cuentas a esta generación. 52 »¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque os habéis apoderado de la llave de la sabiduría! Vosotros no habéis entrado y a los que querían entrar se lo habéis impedido. 53 Cuando salió de allí, los escribas y fariseos comenzaron a atacarle con furia y a acosarle a preguntas sobre muchas cosas, 54 acechándole para cazarle en alguna palabra.

LUCAS 12

VIII. ANUNCIO ESCATOLÓGICO

Varias enseñanzas de Jesús (12,1-12)

1 En esto, habiéndose reunido una muchedumbre de miles de personas, hasta atropellarse unos a otros, comenzó a decir sobre todo a sus discípulos: —Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. 2 Nada hay oculto que no sea descubierto, ni secreto que no llegue a saberse. 3 Porque cuanto hayáis dicho en la oscuridad será escuchado a la luz; cuanto hayáis hablado al oído bajo techo será pregonado sobre los terrados. 4 »A vosotros, amigos míos, os digo: no tengáis miedo a los que matan el cuerpo y después de esto no pueden hacer nada más. 5 Os enseñaré a quién tenéis que temer: temed al que después de dar muerte tiene potestad para arrojar en el infierno. Sí, os digo: temed a éste. 6 ¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, ni uno solo de ellos queda olvidado ante Dios. 7 Aún más, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tengáis miedo: valéis más que muchos pajarillos. 8 »Os digo, pues: a todo el que me confiese delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios. 9 Pero el que me niegue ante los hombres, será negado ante los ángeles de Dios. 10 »A todo el que diga una palabra contra el Hijo del Hombre se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará. 11 »Cuando os lleven

a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo defenderos, o qué tenéis que decir, 12 porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora qué es lo que hay que decir.

La parábola del rico insensato (12,13-21)

13 Uno de entre la multitud le dijo: —Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo. 14 Pero él le respondió: —Hombre, ¿quién me ha constituido juez o encargado de repartir entre vosotros? 15 Y añadió: —Estad alerta y guardaos de toda avaricia; porque aunque alguien tenga abundancia de bienes, su vida no depende de lo que posee. 16 Y les propuso una parábola diciendo: —Las tierras de cierto hombre rico dieron mucho fruto. 17 Y se puso a pensar para sus adentros: «¿Qué puedo hacer, ya que no tengo dónde guardar mi cosecha?» 18 Y se dijo: «Esto haré: voy a destruir mis graneros, y construiré otros mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. 19 Entonces le diré a mi alma: “Alma, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, pásalo bien”». 20 Pero Dios le dijo: «Insensato, esta misma noche te van a reclamar el alma; lo que has preparado, ¿para quién será?» 21 Así ocurre al que atesora para sí y no es rico ante Dios.

Abandono en la Providencia de Dios (12,22-34)

22 Les dijo a sus discípulos: —Por eso os digo: no estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. 23 Porque la vida vale más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. 24 Fijaos en los cuervos: no siembran ni siegan; no tienen despensa ni granero, pero Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que los pájaros! 25 ¿Quién de vosotros por mucho que cavile puede añadir un codo a su estatura? 26 Si no podéis ni lo más pequeño, ¿por qué os preocupáis por las demás cosas? 27 Contemplad los lirios, cómo crecen; no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse como uno de ellos. 28 Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios la viste así,

¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! 29 Así, vosotros no andéis buscando qué comer o qué beber, y no estéis inquietos. 30 Por todas esas cosas se afanan las gentes del mundo. Bien sabe vuestro Padre que estáis necesitados de ellas. 31 Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os añadirán. 32 »No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino. 33 Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota en el cielo, donde el ladrón no llega ni la polilla corroe. 34 Porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

Exhortación a la vigilancia y parábola del administrador (12,35-48)

35 «Tened ceñidas vuestras cinturas y encendidas las lámparas, 36 y estad como quienes aguardan a su amo cuando vuelve de las nupcias, para abrirle al instante en cuanto venga y llame. 37 Dichosos aquellos siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les servirá. 38 Y si viniese en la segunda vigilia o en la tercera, y los encontrase así, dichosos ellos. 39 Sabed esto: si el dueño de la casa conociera a qué hora va a llegar el ladrón, no permitiría que se horadase su casa. 40 Vosotros estad también preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre. 41 Y le preguntó Pedro: — Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos? 42 El Señor respondió: —¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el amo pondrá al frente de la casa para dar la ración adecuada a la hora debida? 43 Dichoso aquel siervo a quien su amo cuando vuelva encuentre obrando así. 44 En verdad os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. 45 Pero si ese siervo dijera en sus adentros: «Mi amo tarda en venir», y comenzase a golpear a los criados y criadas, a comer, a beber y a emborracharse, 46 llegará el amo de aquel siervo el día menos pensado, a una hora imprevista, lo castigará duramente y le dará el pago de los que no son fieles. 47 El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no fue previsor ni actuó conforme a la voluntad de

aquél, recibirá muchos azotes; 48 en cambio, el que sin saberlo hizo algo digno de castigo, recibirá pocos azotes. A todo el que se le ha dado mucho, mucho se le exigirá, y al que le encomendaron mucho, mucho le pedirán.

Jesús como signo de contradicción (12,49-53)

49 »Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que ya arda? 50 Tengo que ser bautizado con un bautismo, y ¡qué ansias tengo hasta que se lleve a cabo! 51 ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino división. 52 Pues desde ahora, habrá cinco en una casa divididos: tres contra dos y dos contra tres, 53 se dividirán el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.

Saber discernir (12,54-59)

54 Decía a las multitudes: —Cuando veis que sale una nube por el poniente, enseguida decís: «Va a llover», y así sucede. 55 Y cuando sopla el sur, decís: «Viene bochorno», y también sucede. 56 ¡Hipócritas! Sabéis interpretar el aspecto del cielo y de la tierra: entonces, ¿cómo es que no sabéis interpretar este tiempo? 57 ¿Por qué no sabéis descubrir por vosotros mismos lo que es justo? 58 »Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura ponerte de acuerdo con él en el camino, no sea que te obligue a ir al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. 59 Te aseguro que no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo.

LUCAS 13

Necesidad de la conversión (13,1-5)

1 Estaban presentes en aquel momento unos que le contaban lo de los galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de sus sacrificios. 2 Y en respuesta les dijo: —¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que todos los galileos, porque padecieron tales cosas? 3 No, os lo ase-

guro; pero si no os convertís, todos pereceréis igualmente. 4 O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que vivían en Jerusalén? 5 No, os lo aseguro; pero si no os convertís, todos pereceréis igualmente.

Parábola de la higuera estéril (13,6-9)

6 Les decía esta parábola: —Un hombre tenía una higuera plantada en su viña y fue a buscar en ella fruto y no lo encontró. 7 Entonces le dijo al viñador: «Mira, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera sin encontrarlo; córtala, ¿para qué va a ocupar terreno en balde?» 8 Pero él le respondió: «Señor, déjala también este año hasta que cave a su alrededor y eche estiércol, 9 por si produce fruto; si no, ya la cortarás».

Jesús cura a una mujer en sábado (13,10-17)

10 Un sábado estaba enseñando en una de las sinagogas. 11 Y había allí una mujer poseída por un espíritu, enferma desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada sin poder enderezarse de ningún modo. 12 Al verla Jesús, la llamó y le dijo: —Mujer, quedas libre de tu enfermedad. 13 Y le impuso las manos, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios. 14 Tomando la palabra el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús curaba en sábado, decía a la muchedumbre: —Hay seis días para trabajar; venid, pues, en ellos a ser curados, y no un día de sábado. 15 El Señor le respondió: —¡Hipócritas!, cualquiera de vosotros ¿no suelta del pesebre en sábado su buey o su asno y lo lleva a beber? 16 Y a ésta, que es hija de Abrahán, a la que Satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no había que soltarla de esta atadura aun un día de sábado? 17 Y cuando decía esto, quedaban avergonzados todos sus adversarios, y toda la gente se alegraba por todas las maravillas que hacía.

Parábolas del grano de mostaza y de la levadura (13,18-21)

18 Y decía: —¿A qué se parece el Reino de Dios y con qué lo compararé? 19 Es como un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo echó en su huerto, y creció y llegó a hacerse un árbol, y las aves del

cielo anidaron en sus ramas. 20 Y dijo también: —¿Con qué compararé el Reino de Dios? 21 Es como la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina hasta que fermentó todo.

La puerta angosta (13,22-30)

22 Y recorría ciudades y aldeas enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén. 23 Y uno le dijo: —Señor, ¿son pocos los que se salvan? Él les contestó: 24 —Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os digo, intentarán entrar y no podrán. 25 Una vez que el dueño de la casa haya entrado y haya cerrado la puerta, os quedaréis fuera y empezareis a golpear la puerta, diciendo: «Señor, ábrenos». Y os responderá: «No sé de dónde sois». 26 Entonces empezareis a decir: «Hemos comido y hemos bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas». 27 Y os dirá: «No sé de dónde sois; apartaos de mí todos los servidores de la iniquidad». 28 Allí habrá llanto y rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras que vosotros sois arrojados fuera. 29 Y vendrán de oriente y de occidente y del norte y del sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. 30 Pues hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.

Respuesta de Jesús a Herodes (13,31-35)

31 En aquel momento se acercaron algunos fariseos diciéndole: — Sal y aléjate de aquí, porque Herodes te quiere matar. 32 Y les dijo: — Id a decir a ese zorro: «Mira: expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día acabo. 33 Pero es necesario que yo siga mi camino hoy y mañana y al día siguiente, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén».

Queja contra Jerusalén

34 »¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste. 35 Mirad que vuestra casa se os va a quedar desierta. Os aseguro que no me veréis hasta

que llegue el día en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor.

LUCAS 14

Jesús cura a un hidrópico en sábado (14,1-6)

1 Un sábado, entró él a comer en casa de uno de los principales fariseos y ellos le estaban observando. 2 Y resultó que delante de él había un hombre hidrópico. 3 Y tomando la palabra, les dijo Jesús a los doctores de la Ley y a los fariseos: —¿Es lícito curar en sábado o no? 4 Pero ellos callaron. Y tomándolo, lo curó y lo despidió. 5 Y les dijo: —¿Quién de vosotros, si se le cae al pozo un hijo o un buey, no lo saca enseguida un día de sábado? 6 Y no pudieron responderle a esto.

Lección sobre la humildad (14,7-11)

7 Les proponía a los invitados una parábola, al notar como iban eligiendo los primeros puestos: 8 Cuando alguien te invite a una boda, no vayas a sentarte en el primer puesto, no sea que otro más distinguido que tú haya sido invitado por él 9 y, al llegar el que os invitó a ti y al otro, te diga: «Cédele el sitio a éste», y entonces empieces a buscar, lleno de vergüenza, el último lugar. 10 Al contrario, cuando te inviten, ve a ocupar el último lugar, para que cuando llegue el que te invitó te diga: «Amigo, sube más arriba». Entonces quedarás muy honrado ante todos los comensales. 11 Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Actitud ante los pobres (14,12-14)

12 Decía también al que le había invitado: —Cuando des una comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos, no sea que también ellos te devuelvan la invitación y te sirva de recompensa. 13 Al contrario, cuando des un banquete, llama a pobres, a tullidos, a cojos y a ciegos; 14 y serás bienaventurado, porque no tienen para corresponderte. Se te recompensará en la resurrección de los justos.

Parábola de los invitados a las bodas (14,15-24)

15 Cuando oyó esto uno de los comensales, le dijo: — Bienaventurado el que coma el pan en el Reino de Dios. 16 Pero él le dijo: —Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos. 17 Y envió a su siervo a la hora de la cena para decir a los invitados: «Venid, que ya está todo preparado». 18 Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: «He comprado un campo y tengo necesidad de ir a verlo; te ruego que me des por excusado». 19 Y otro dijo: «Compré cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que me des por excusado». 20 Otro dijo: «Acabo de casarme, y por eso no puedo ir». 21 Regresó el siervo y contó esto a su señor. Entonces, irritado el amo de la casa, le dijo a su siervo: «Sal ahora mismo a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, a los tullidos, a los ciegos y a los cojos». 22 Y el siervo dijo: «Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio». 23 Entonces dijo el señor a su siervo: «Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar, para que se llene mi casa. 24 Porque os aseguro que ninguno de aquellos hombres invitados gustará mi cena».

Condiciones para seguir a Jesús (14,25-35)

25 Iba con él mucha gente, y se volvió hacia ellos y les dijo: 26 —Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a su mujer y a sus hijos y a sus hermanos y a sus hermanas, hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. 27 Y el que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo. 28 »Porque, ¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos a ver si tiene para acabarla? 29 No sea que, después de poner los cimientos y no poder acabar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, 30 y digan: «Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar». 31 ¿O qué rey, que sale a luchar contra otro rey, no se sienta antes a deliberar si puede enfrentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? 32 Y si no, cuando todavía está lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz. 33 Así pues, cualquiera de

vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo. 34 »La sal es buena; pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se sazonará? 35 No es útil ni para la tierra ni para el estercolero; la tiran fuera. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

LUCAS 15

IX. PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA (15,1-32)

La oveja perdida (15,1-10)

1 Se le acercaban todos los publicanos y pecadores para oírle. 2 Pero los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: —Éste recibe a los pecadores y come con ellos. 3 Entonces les propuso esta parábola: 4 —¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una, no deja las noventa y nueve en el campo y sale en busca de la que se perdió hasta encontrarla? 5 Y, cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso, 6 y, al llegar a casa, reúne a los amigos y vecinos y les dice: «Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me perdió». 7 Os digo que, del mismo modo, habrá en el cielo mayor alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión.

La dracma perdida

8 »¿O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende una luz y barre la casa y busca cuidadosamente hasta encontrarla? 9 Y cuando la encuentra, reúne a las amigas y vecinas y les dice: «Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que se me perdió». 10 Así, os digo, hay alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

El hijo pródigo (15,11-32)

11 Dijo también: —Un hombre tenía dos hijos. 12 El más joven de ellos le dijo a su padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y les repartió los bienes. 13 No muchos días después, el hijo más joven lo recogió todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su

fortuna viviendo lujuriosamente. 14 Después de gastarlo todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. 15 Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; 16 le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. 17 Recapacitando, se dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! 18 Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; 19 ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”». 20 Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre. »Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció. Y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos. 21 Comenzó a decirle el hijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo». 22 Pero el padre les dijo a sus siervos: «Pronto, sacad el mejor traje y vestidle; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; 23 traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; 24 porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado». Y se pusieron a celebrarlo. 25 »El hijo mayor estaba en el campo; al volver y acercarse a casa oyó la música y los cantos 26 y, llamando a uno de los siervos, le preguntó qué pasaba. 27 Éste le dijo: «Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano». 28 Se indignó y no quería entrar, pero su padre salió a convencerle. 29 Él replicó a su padre: «Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos. 30 Pero en cuanto ha venido ese hijo tuyo que devoró tu fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado». 31 Pero él respondió: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; 32 pero había que celebrarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado».

X. ENSEÑANZAS DIVERSAS(16,1-19,27)**El administrador infiel (16,1-15)**

1 Decía también a los discípulos: —Había un hombre rico que tenía un administrador, al que acusaron ante el amo de malversar la hacienda. 2 Le llamó y le dijo: «¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuentas de tu administración, porque ya no podrás seguir administrando». 3 Y dijo para sí el administrador: «¿Qué voy a hacer, ya que mi señor me quita la administración? Cavar no puedo; mendigar me da vergüenza. 4 Ya sé lo que haré para que me reciban en sus casas cuando me despidan de la administración». 5 Y, convocando uno a uno a los deudores de su amo, le dijo al primero: «¿Cuánto debes a mi señor?» 6 Él respondió: «Cien medidas de aceite». Y le dijo: «Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta». 7 Después le dijo a otro: «¿Y tú cuánto debes?» Él respondió: «Cien cargas de trigo». Y le dijo: «Toma tu recibo y escribe ochenta». 8 El amo alabó al administrador infiel por haber actuado sagazmente; porque los hijos de este mundo son más sagaces en lo suyo que los hijos de la luz. 9 »Y yo os digo: haceos amigos con las riquezas injustas, para que, cuando falten, os reciban en las moradas eternas. 10 »Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco también es injusto en lo mucho. 11 Por tanto, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? 12 Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo vuestro? 13 »Ningún criado puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión a uno y amor al otro, o prestará su adhesión al primero y menospreciará al segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas. 14 Oían todas estas cosas los fariseos, que eran amantes del dinero, y se burlaban de él. 15 Y les dijo:— Vosotros os hacéis pasar por justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que parece ser excelso ante los hombres es abominable delante de Dios.

La Ley y el Evangelio (16,16-18)

16 »La Ley y los Profetas llegan hasta Juan; desde entonces se

evangeliza el Reino de Dios y cada uno se esfuerza por él. 17 »Es más fácil que pasen el cielo y la tierra que el que se anule un solo trazo de la Ley. 18 »Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la repudiada por su marido, comete adulterio.

El rico Epulón y el pobre Lázaro (16,19-31)

19 »Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino finísimo, y todos los días celebraba espléndidos banquetes. 20 En cambio, un pobre llamado Lázaro yacía sentado a su puerta, cubierto de llagas, 21 deseando saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían a lamerle las llagas. 22 Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán; murió también el rico y fue sepultado. 23 Estando en los infiernos, en medio de los tormentos, levantando sus ojos vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno; 24 y gritando, dijo: «Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy atormentado en estas llamas». 25 Contestó Abrahán: «Hijo, acuérdate de que tú recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, en cambio, males; ahora aquí él es consolado y tú atormentado. 26 Además de todo esto, entre vosotros y nosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieren atravesar de aquí hasta vosotros, no pueden; ni tampoco pueden pasar de ahí hasta nosotros». 27 Y él dijo: «Te ruego entonces, padre, que le envíes a casa de mi padre, 28 porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también a este lugar de tormentos». 29 Pero replicó Abrahán: «Tienen a Moisés y a los Profetas. ¡Que los oigan!» 30 Él dijo: «No, padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán». 31 Y le dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque uno resucite de entre los muertos».

LUCAS 17

El escándalo (17,1-10)

1 Les dijo a sus discípulos: —Es imposible que no vengan los escándalos; pero, ¡ay de aquel por quien vienen! 2 Más le valdría que le ajustaran al cuello una piedra de molino y que le arrojaran al mar, que escandalizar a uno de esos pequeños: 3 andaos con cuidado.

Perdón de las ofensas

»Si tu hermano peca, repréndele; y, si se arrepiente, perdónale. 4 Y si peca siete veces al día contra ti, y siete veces vuelve a ti, diciendo: «Me arrepiento», le perdonarás.

Fuerza de la fe

5 Los apóstoles le dijeron al Señor: —Auméntanos la fe. 6 Respondió el Señor: —Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esta movernera: arráncate y plántate en el mar, y os obedecería.

Humildad en el servicio

7 »Si uno de vosotros tiene un siervo en la labranza o con el ganado y regresa del campo, ¿acaso le dice: «Entra enseguida y siéntate a la mesa»? 8 Por el contrario, ¿no le dirá más bien: «Prepárame la cena y dispónete a servirme mientras como y bebo, que después comerás y beberás tú»? 9 ¿Es que tiene que agradecerle al siervo el que haya hecho lo que se le había mandado? 10 Pues igual vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: «Somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer».

Los diez leprosos (17,11-19)

11 Al ir de camino a Jerusalén, atravesaba los confines de Samaría y Galilea; 12 y, cuando iba a entrar en un pueblo, le salieron al paso diez leprosos, que se detuvieron a distancia 13 y le dijeron gritando: — ¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros! 14 Al verlos, les dijo: —Id y presentaos a los sacerdotes. Y mientras iban quedaron limpios. 15 Uno de ellos, al verse curado, se volvió glorificando a Dios a gritos, 16 y fue a postrarse a sus pies dándole gracias. Y éste era samaritano. 17 Ante lo cual dijo Jesús: —¿No son diez los que han quedado limpios? Los

otros nueve, ¿dónde están? 18 ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero? 19 Y le dijo: —Levántate y vete; tu fe te ha salvado.

La venida del Reino de Dios (17,20-37)

20 Interrogado por los fariseos sobre cuándo llegaría el Reino de Dios, él les respondió: —El Reino de Dios no viene con espectáculo; 21 ni se podrá decir: «Mirad, está aquí», o «está allí»; porque, daos cuenta de que el Reino de Dios está ya en medio de vosotros.

El día de la venida de Cristo

22 Y les dijo a los discípulos: —Vendrá un tiempo en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. 23 Entonces os dirán: «Mirad, está aquí», o «mirad, está allí». No vayáis ni corráis detrás. 24 Porque, como el relámpago fulgurante brilla de un extremo a otro del cielo, así será en su día el Hijo del Hombre. 25 Pero es necesario que antes padezca mucho y sea reprobado por esta generación. 26 Y como ocurrió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre. 27 Comían y bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio e hizo perecer a todos. 28 Lo mismo sucedió en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; 29 pero el día en que salió Lot de Sodomá, llovió del cielo fuego y azufre y los hizo perecer a todos. 30 Del mismo modo sucederá el día en que se manifieste el Hijo del Hombre. 31 Ese día, quien esté en el terrado y tenga sus cosas en la casa, que no baje por ellas; y lo mismo quien esté en el campo, que no vuelva atrás. 32 Acordaos de la mujer de Lot. 33 Quien pretenda guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará viva. 34 Yo os digo que esa noche estarán dos en el mismo lecho: uno será tomado y el otro dejado. 35 Estarán dos moliendo juntas: una será tomada y la otra dejada. (36) 37 Y a esto le dijeron: —¿Dónde, Señor? Él les respondió: —Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán los buitres.

Perseverancia en la oración. Parábola del juez injusto (18,1-8)

1 Les proponía una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desfallecer, 2 diciendo: —Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. 3 También había en aquella ciudad una viuda, que acudía a él diciendo: «Hazme justicia ante mi adversario». 4 Y durante mucho tiempo no quiso. Sin embargo, al final se dijo a sí mismo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, 5 como esta viuda está molestándome, le haré justicia, para que no siga viniendo a importunarme». 6 Concluyó el Señor: —Prestad atención a lo que dice el juez injusto. 7 ¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar? 8 Os aseguro que les hará justicia sin tardanza. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?

Parábola del fariseo y el publicano (18,9-14)

9 Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos teniéndose por justos y despreciaban a los demás: 10 —Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano. 11 El fariseo, quedándose de pie, oraba para sus adentros: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. 12 Ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de todo lo que poseo». 13 Pero el publicano, quedándose lejos, ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador». 14 Os digo que éste bajó justificado a su casa, y aquél no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado.

Jesús bendice a los niños (18,15-17)

15 Le llevaban también niños para que los tomara en sus brazos. Al verlo los discípulos les reñían. 16 Pero Jesús llamó a los niños y dijo: —Dejad que los niños vengan conmigo y no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios. 17 En verdad os digo: quien no

reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él.

El joven rico. Pobreza y entrega cristianas (18,18-30)

18 Cierta personaje distinguido le preguntó: —Maestro bueno, ¿qué puedo hacer para heredar la vida eterna? 19 Le respondió Jesús: —¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo: Dios. 20 Ya conoces los mandamientos: no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre. 21 — Todo esto lo he guardado desde la adolescencia —respondió él. 22 Después de oírlo le dijo Jesús: —Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme. 23 Pero al oír estas cosas se puso triste, porque era muy rico. 24 Viéndole entristecerse, dijo Jesús: —¿Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas! 25 Porque es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios. 26 Los que escuchaban dijeron: —¿Entonces quién puede salvarse? 27 El respondió: —Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios. 28 Entonces dijo Pedro: —Ya ves que nosotros hemos dejado nuestras cosas y te hemos seguido. 29 Y Jesús les respondió: —Os aseguro que no hay nadie que haya dejado casa, o mujer, o hermanos, o padres, o hijos por causa del Reino de Dios, 30 que no reciba mucho más en este mundo y, en el siglo venidero, la vida eterna.

Tercer anuncio de la Pasión (18,31-34)

30 Tomando consigo a los doce, les dijo: —Mirad, subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que han sido escritas por medio de los Profetas acerca del Hijo del Hombre: 32 será entregado a los gentiles y se burlarán de él, será insultado y escupido, 33 y, después de azotarlo, lo matarán, y al tercer día resucitará. 34 Pero ellos no comprendieron nada de esto: era éste un lenguaje que les resultaba incomprendible, y no entendían las cosas que decía.

Curación del ciego de Jericó (18,35-43)

35 Cuando se acercaban a Jericó, un ciego estaba sentado al lado del camino mendigando. 36 Al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué era aquello. 37 Le contestaron: —Es Jesús Nazareno, que pasa. 38 Y gritó diciendo: —¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí! 39 Y los que iban delante le reprendían para que se estuviera callado. Pero él gritaba mucho más: —¡Hijo de David, ten piedad de mí! 40 Jesús, parándose, mandó que lo trajeran ante él. Y cuando se acercó, le preguntó: 41 — ¿Qué quieres que te haga? —Señor, que vea —respondió él. 42 Y Jesús le dijo: —Recobra la vista, tu fe te ha salvado. 43 Y al instante recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al presenciarlo, alabó a Dios.

LUCAS 19

Conversión de Zaqueo (19,1-10)

1 Entró en Jericó y atravesaba la ciudad. 2 Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. 3 Intentaba ver a Jesús para conocerle, pero no podía a causa de la muchedumbre, porque era pequeño de estatura. 4 Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, porque iba a pasar por allí. 5 Cuando Jesús llegó al lugar, levantando la vista, le dijo: —Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me quede en tu casa. 6 Bajó rápido y lo recibió con alegría. 7 Al ver esto, todos murmuraban diciendo que había entrado a hospedarse en casa de un pecador. 8 Pero Zaqueo, de pie, le dijo al Señor: —Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he defraudado en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más. 9 Jesús le dijo: —Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán; 10 porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Parábola de las minas (19,11-27)

11 Mientras estaban oyendo estas cosas, les añadió una parábola, porque él estaba cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el Reino de Dios se manifestaría enseguida. 12 Dijo pues: —Un hombre noble mar-

chó a una tierra lejana a recibir la investidura real y volverse. 13 Llamó a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo: «Negociad hasta mi vuelta». 14 Sus ciudadanos le odiaban y enviaron una embajada tras él para decir: «No queremos que éste reine sobre nosotros». 15 Al volver, recibida ya la investidura real, mandó llamar ante sí a aquellos siervos a quienes había dado el dinero, para saber cuánto habían negociado. 16 Vino el primero y dijo: «Señor, tu mina ha producido diez». 17 Y le dijo: «Muy bien, siervo bueno, porque has sido fiel en lo poco, ten potestad sobre diez ciudades». 18 Vino el segundo y dijo: «Señor, tu mina ha producido cinco». 19 Le dijo a éste: «Tú ten también el mando de cinco ciudades». 20 Vino el otro y dijo: «Señor, aquí está tu mina, que he tenido guardada en un pañuelo; 21 pues tuve miedo de ti porque eres hombre severo, recoges lo que no depositaste y cosechas lo que no sembraste». 22 Le dice: «Por tus palabras te juzgo, siervo malo; ¿sabías que yo soy hombre severo, que recojo lo que no he depositado y cosecho lo que no he sembrado? 23 ¿Por qué no pusiste mi dinero en el banco? Así, al volver yo lo hubiera retirado con los intereses». 24 Y les dijo a los presentes: «Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez». 25 Entonces le dijeron: «Señor, ya tiene diez minas». 26 Os digo: «A todo el que tiene se le dará, pero al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará. 27 En cuanto a esos enemigos míos que no han querido que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos en mi presencia».

TERCERA PARTE

MINISTERIO EN JERUSALÉN (§ 19,28-24,53)

XI. PURIFICACIÓN DEL TEMPLO Y CONTROVERSIAS (19,28-21,38)

Entrada del Mesías en la Ciudad Santa (19,28-40)

28 Dicho esto, caminaba delante de ellos subiendo a Jerusalén. 29 Y cuando se acercó a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos discípulos, 30 diciendo: —Id a la aldea que está enfrente; al entrar en ella encontraréis un borrico atado, en el que todavía

no ha montado nadie; desatadlo y traedlo. 31 Y si alguien os pregunta por qué lo desatáis, le responderéis esto: «Porque el Señor lo necesita». 32 Los enviados fueron y lo encontraron tal como les había dicho. 33 Al desatar el borrico sus amos les dijeron: —¿Por qué desatáis el borrico? 34 —Porque el Señor lo necesita —contestaron ellos. 35 Se lo llevaron a Jesús. Y echando sus mantos sobre el borrico hicieron montar a Jesús. 36 Según él avanzaba extendían sus mantos por el camino. 37 Al acercarse, ya en la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, llena de alegría, comenzó a alabar a Dios en alta voz por todos los prodigios que habían visto, 38 diciendo: —¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas! 39 Algunos fariseos de entre la multitud le dijeron: —Maestro, reprende a tus discípulos. 40 Él les respondió: —Os digo que si éstos callan gritarán las piedras.

Llanto de Jesús sobre Jerusalén (19,41-44)

41 Y cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró por ella, 42 diciendo: — ¡Si conocieras también tú en este día lo que te lleva a la paz! Sin embargo, ahora está oculto a tus ojos. 43 Porque vendrán días sobre ti en que no sólo te rodearán tus enemigos con vallas, y te cercarán y te estrecharán por todas partes, 44 sino que te aplastarán contra el suelo a ti y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de la visita que se te ha hecho.

Jesús en el Templo (19,45-48)

45 Entró en el Templo y comenzó a expulsar a los que vendían, 46 diciéndoles: —Está escrito: Mi casa será casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones. 47 Y enseñaba todos los días en el Templo. Pero los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban acabar con él, lo mismo que los jefes del pueblo, 48 pero no encontraban cómo hacerlo, pues todo el pueblo estaba pendiente escuchándole.

Potestad de Jesús (20,1-8)

1 Un día, mientras enseñaba y evangelizaba al pueblo en el Templo, se acercaron los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos 2 y le dijeron: —Dinos: ¿con qué potestad haces estas cosas? ¿O quién es el que te ha dado tal potestad?3 Les respondió:—También yo os voy a hacer una pregunta. Contestadme: 4 el bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres? 5 Ellos razonaban entre sí: «Si decimos que del cielo, replicará: “¿Por qué no le creísteis?”. 6 Pero si decimos que de los hombres, todo el pueblo nos apedreará, porque está convencido de que Juan es un profeta». 7 Y respondieron que no sabían de dónde era. 8 Entonces Jesús les dijo: —Pues tampoco yo os digo con qué potestad hago estas cosas.

Parábola de los viñadores homicidas (20,9-19)

9 Comenzó a exponer al pueblo la siguiente parábola: —Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos de allí mucho tiempo. 10 A su debido momento envió un siervo a los labradores, para que le dieran del fruto de la viña. Pero los labradores, después de golpearlo, lo despacharon con las manos vacías. 11 Y volvió a enviarles otro siervo. Pero ellos lo golpearon y lo ultrajaron y lo despacharon con las manos vacías. 12 Y volvió a enviarles un tercero, pero ellos lo hirieron y lo echaron. 13 Dijo entonces el amo de la viña: «¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; tal vez a él lo respetarán». 14 Pero los labradores al verle comentaron entre ellos: «Éste es el heredero; lo mataremos, para que sea nuestra su heredad». 15 Y lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. ¿Qué hará, pues, con ellos el amo de la viña? 16 Vendrá, exterminará a esos labradores y entregará la viña a otros. Al oírlo dijeron:—¡Que no pase nada de eso! 17 Pero él, fijando en ellos su mirada, dijo: —Entonces, ¿qué significa lo que está escrito: La piedra que rechazaron los constructores, ésta ha llegado a ser la piedra angular? 18 »Todo el que caiga sobre aquella piedra se despedazará, y al que le caiga encima le aplastará. 19 Los escribas y los príncipes de los sacerdotes quisieron echarle mano en aquel mismo momento, pero tu-

vieron miedo al pueblo: comprendieron que había dicho aquella parábola por ellos.

El tributo al César (20,20-26)

20 Y ellos, estando al acecho, enviaron espías que simulaban ser justos, para sorprenderle en alguna palabra, y así entregarlo a la potestad y autoridad del Procurador. 21 Le preguntaron: —Maestro, sabemos que hablas y enseñas rectamente, y no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios según la verdad. 22 ¿Nos es lícito dar tributo al César, o no? 23 Pero él, percatándose de su falsedad, les dijo: 24 —Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción que tiene? —Del César —contestaron ellos. 25 Él les dijo: —Pues bien, dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. 26 Y no pudieron sorprenderle en ninguna palabra ante el pueblo y, admirados de su respuesta, se callaron.

La resurrección de los muertos (20,27-40)

27 Se le acercaron algunos de los saduceos —que niegan la resurrección— y le preguntaron: 28 —Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si muere el hermano de alguien dejando mujer, sin haber tenido hijos, su hermano la tomará por mujer y dará descendencia a su hermano. 29 Pues bien, eran siete hermanos. El primero tomó mujer y murió sin hijos. 30 Lo mismo el segundo. 31 También el tercero la tomó por mujer. Los siete, de igual manera, murieron sin dejar hijos. 32 Después murió también la mujer. 33 Entonces, en la resurrección, la mujer ¿de cuál de ellos será esposa?, porque los siete la tuvieron como esposa. 34 Jesús les dijo: —Los hijos de este mundo, ellas y ellos, se casan; 35 sin embargo, los que son dignos de alcanzar el otro mundo y la resurrección de los muertos, no se casan, ni ellas ni ellos. 36 Porque ya no pueden morir otra vez, pues son iguales a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. 37 Que los muertos resucitarán lo mostró Moisés en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor Dios de Abrahán y Dios de Isaac y Dios de Jacob. 38 Pero no es Dios de muertos, sino de vivos;

todos viven para Él. 39 Tomando la palabra, algunos escribas dijeron: —Maestro, has respondido muy bien. 40 Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Divinidad del Mesías (20,41-44)

41 Les preguntó: —¿Cómo es que dicen que el Cristo es Hijo de David? 42 Pues el mismo David dice en el libro de los Salmos: Dijo el Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha, 43 hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies». 44 »Por lo tanto, David le llama «Señor». Entonces, ¿cómo va a ser hijo suyo?

Censuras a los escribas (20,45-47)

45 Mientras todo el pueblo estaba escuchando, les dijo a sus discípulos: 46 —Guardaos de los escribas, a los que les gusta pasear vestidos con largas túnicas y anhelan que les saluden en las plazas, los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes. 47 Devoran las casas de las viudas y fingen largas oraciones. Éstos recibirán una condena más severa.

LUCAS 21

La ofrenda de la viuda (21,1-4)

1 Al levantar la vista, vio a unos ricos que echaban sus ofrendas en el gazofilacio. 2 Vio también a una viuda pobre que echaba allí dos monedas pequeñas, 3 y dijo: —En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos; 4 pues todos éstos han echado como ofrenda algo de lo que les sobra, ella, en cambio, en su necesidad ha echado todo lo que tenía para su sustento.

Anuncio de la destrucción del Templo (21,5-36)

5 Como algunos le hablaban del Templo, que estaba adornado con bellas piedras y ofrendas votivas, dijo: 6 —Vendrán días en los que de esto que veis no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida.

Comienzo de las tribulaciones

Persecuciones por causa del Evangelio

7 Le preguntaron: —Maestro, ¿cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de que están a punto de suceder? 8 Él dijo:—Mirad, no os dejéis engañar; porque vendrán en mi nombre muchos diciendo: «Yo soy», y «el momento esta próximo». No les sigáis. 9 Cuando oigáis hablar de guerras y de revoluciones, no os aterréis, porque es necesario que sucedan primero estas cosas. Pero el fin no es inmediato. 10 Entonces les decía: —Se alzaré pueblo contra pueblo y reino contra reino; 11 habrá grandes terremotos y hambre y peste en diversos lugares; habrá cosas aterradoras y grandes señales en el cielo. 12 Pero antes de todas estas cosas os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre: 13 esto os sucederá para dar testimonio. 14 Así pues, convenceos de que no debéis tener preparado de antemano cómo os vais a defender; 15 porque yo os daré palabras y sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. 16 Seréis entregados incluso por padres y hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, 17 y todos os odiarán a causa de mi nombre. 18 Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. 19 Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

La gran tribulación en Jerusalén

20 »Cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed que ya se acerca su desolación. 21 Entonces los que estén en Judea huyan a los montes, y quienes estén dentro de la ciudad que se marchen, y quienes estén en los campos que no entren en ella: 22 éstos son días de castigo para que se cumpla todo lo escrito. 23 ¡Ay de las que estén encintas y de las que estén criando esos días! Porque habrá una gran calamidad sobre la tierra y habrá ira contra este pueblo. 24 Caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles.

La venida del Hijo del Hombre

25 »Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra angustia de las gentes, consternadas por el estruendo del mar y de las olas: 26 y los hombres perderán el aliento a causa del terror y de la ansiedad que sobrevendrán a toda la tierra. Porque las potestades de los cielos se conmover n. 27 Entonces verán al Hijo del Hombre que viene sobre una nube con gran poder y gloria. 28 »Cuando comiencen a suceder estas cosas, ergu os y levantad la cabeza porque se aproxima vuestra redención.

Certeza del fin: la lección de la higuera

29 Y les dijo una parábola: —Observad la higuera y todos los árboles: 30 cuando ya echan brotes, al verlos, sabéis por ellos que ya esta cerca el verano. 31 Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que est  cerca el Reino de Dios. 32 En verdad os digo que no pasar  esta generación sin que todo se cumpla. 33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Necesidad de la vigilancia

34 »Vigilaos a vosotros mismos, para que vuestros corazones no est n ofuscados por la cr pula, la embriaguez y los afanes de esta vida, y aquel día no sobrevenga de improviso sobre vosotros, 35 porque caer  como un lazo sobre todos aquellos que habitan en la faz de toda la tierra. 36 Vigilad orando en todo tiempo, a fin de que pod is evitar todos estos males que van a suceder, y estar en pie delante del Hijo del Hombre.

Jesús enseña en el Templo

37 Durante el día enseñaba en el Templo, y salía a pasar la noche en el monte llamado de los Olivos. 38 Y todo el pueblo acudía a él muy de mañana al Templo para oírle.

LUCAS 22

XII. PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS (22,1-24-53)**Traición de Judas (22,1-6)**

1 Se acercaba la fiesta de los Ácimos, que se llama Pascua, 2 y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo acabar con él, pero temían al pueblo. 3 Entró Satanás en Judas, el llamado Iscariote, que era uno de los doce. 4 Fue y habló con los príncipes de los sacerdotes y los magistrados sobre el modo de entregárselo. 5 Ellos se alegraron y convinieron en darle dinero. 6 Él se comprometió, y buscaba la ocasión propicia para entregárselo a espaldas de la gente.

Preparación de la última Cena (22,7-20)

7 Llegó el día de los Ácimos, en el que había que sacrificar el cordero pascual. 8 Envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: —Id a prepararnos la cena de Pascua. 9 Ellos le dijeron: —¿Dónde quieres que la preparemos? 10 Y les respondió: —Mirad, cuando entréis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa en que entre, 11 y decidle al dueño de la casa: «El Maestro te dice: “¿Dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?”» 12 Y él os mostrará una habitación en el piso de arriba, grande, ya lista. Preparadla allí. 13 Marcharon y lo encontraron todo como les había dicho y prepararon la Pascua.

Institución de la Sagrada Eucaristía

14 Cuando llegó la hora, se puso a la mesa y los apóstoles con él. 15 Y les dijo: —Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, 16 porque os digo que no la volveré a comer hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios. 17 Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo: —Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; 18 pues os digo que a partir de ahora no beberé del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios. 19 Y tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: —Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía. 20 Y del mismo modo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: —Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre,

que es derramada por vosotros.

Anuncio de la traición de Judas (22,21-30)

21 »Pero mirad que la mano del que me entrega está conmigo a la mesa. 22 Porque el Hijo del Hombre se va, según está decretado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! 23 Y empezaron a preguntarse entre sí quién de ellos sería el que iba a hacer tal cosa.

Discusión entre los Apóstoles

24 Entonces se suscitó entre ellos una disputa sobre quién sería considerado el mayor. 25 Pero él les dijo: —Los reyes de las naciones las dominan, y los que tienen potestad sobre ellas son llamados bienhechores. 26 Vosotros no seáis así; al contrario: que el mayor entre vosotros se haga como el menor, y el que manda como el que sirve. 27 Porque ¿quién es mayor: el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como quien sirve. 28 »Vosotros sois los que habéis permanecido junto a mí en mis tribulaciones. 29 Por eso yo os preparo un Reino como mi Padre me lo preparó a mí, 30 para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Jesús predice las negaciones de San Pedro (22,31-38)

31 »Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. 32 Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos. 33 Él le dijo: — Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y hasta la muerte. 34 Pero Jesús le respondió: —Te aseguro, Pedro, que no cantará hoy el gallo sin que bayas negado tres veces haberme conocido.

Exhortación a los Apóstoles

35 Y les dijo: —Cuando os envié sin bolsa ni alforjas ni calzado, ¿acaso os faltó algo? —Nada —le respondieron. 36 Entonces les dijo: — Ahora, en cambio, el que tenga bolsa, que la lleve; y lo mismo con la alforja; y el que no tenga, que venda su túnica y compre una espada. 37

Porque os aseguro que debe cumplirse en mí lo que está escrito: Y fue contado entre los malhechores. Porque lo que se refiere a mí llega a su fin. 38 Ellos dijeron: —Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: —Ya basta.

Oración y agonía de Jesús en el huerto (22,39-46)

39 Salió y como de costumbre fue al monte de los Olivos. Le siguieron también los discípulos. 40 Cuando llegó al lugar, les dijo: —Orad para no caer en tentación. 41 Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, de rodillas, oraba 42 diciendo: —Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. 43 Se le apareció un ángel del cielo que le confortaba. Y entrando en agonía oraba con más intensidad. 44 Y le sobrevino un sudor como de gotas de sangre que caían hasta el suelo. 45 Cuando se levantó de la oración y llegó hasta los discípulos, los encontró adormilados por la tristeza. 46 Y les dijo: —¿Por qué dormís? Levantaos y orad para no caer en tentación.

Prendimiento de Jesús (22,47-53)

47 Todavía estaba hablando, cuando de pronto llegó un tropel de gente. El que se llamaba Judas, uno de los doce, los precedía y se acercó a Jesús para besarle. 48 Jesús le dijo: —Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre? 49 Los que estaban a su alrededor, al ver lo que iba a suceder, dijeron: —Señor, ¿atacamos con la espada? 50 Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. 51 Pero Jesús, en respuesta, dijo: —¡Dejadlo ya! —y tocándole la oreja, lo curó. 52 Dijo después Jesús a los que habían venido contra él, príncipes de los sacerdotes, oficiales del Templo y ancianos: —¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? 53 Mientras estaba con vosotros todos los días en el Templo, no alzasteis las manos contra mí. Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Las negaciones de San Pedro (22,54-71)

54 Después de apresarle, se lo llevaron y lo metieron en casa del sumo sacerdote. Pedro le seguía de lejos. 55 Habían encendido fuego en

medio del atrio y estaban sentados alrededor. Pedro estaba sentado en medio de ellos. 56 Una criada, al verlo sentado a la lumbre, fijándose en él dijo: 57 —También éste estaba con él. Pero él lo negó: 58 —No lo conozco, mujer. Al poco tiempo, viéndole otro dijo: —Tú también eres de ellos. Pero Pedro replicó: —Hombre, no lo soy. 59 Y pasada como una hora, otro aseguró: —Cierto, éste estaba con él, porque también es galileo. 60 Y dijo Pedro: —No sé, hombre, lo que dices. Y al instante, cuando todavía estaba hablando cantó un gallo. 61 El Señor se volvió y miró a Pedro. Y recordó Pedro las palabras que el Señor le había dicho: «Antes que cante el gallo hoy, me habrás negado tres veces». 62 Y salió afuera y lloró amargamente.

Ultrajes a Jesús

63 Los hombres que custodiaban a Jesús se mofaban de él y le golpeaban. 64 Entonces, tapándole la cara, le preguntaban: —Profetiza, ¿quién es el que te ha pegado? 65 Y decían contra él otras muchas injurias.

Interrogatorio ante los príncipes de los sacerdotes

66 Al hacerse de día se reunieron los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y le condujeron al Sanedrín. 67 Y le dijeron: —Si tú eres el Cristo, dínoslo. Y les contestó: —Si os lo digo, no me creeréis; 68 y si hago una pregunta, no me responderéis. 69 No obstante, desde ahora estará el Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios. 70 Entonces dijeron todos: —Por tanto, ¿tú eres el Hijo de Dios? —Vosotros lo decís: yo soy —les respondió. 71 Pero ellos dijeron: —¿Qué necesidad tenemos ya de testimonio? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.

LUCAS 23

Jesús ante Pilato (23,1-25)

1 Se levantaron todos ellos y llevaron a Jesús ante Pilato. 2 Entonces empezaron a acusarle diciendo: —Hemos encontrado a éste solivian-

tando a nuestra gente y prohibiendo dar tributo al César; y dice que es el Cristo, el Rey. 3 Pilato le preguntó: —¿Eres tú el Rey de los Judíos? —Tú lo dices —le respondió él. 4 Dijo Pilato a los príncipes de los sacerdotes y a la muchedumbre: —No encuentro ningún delito en este hombre. 5 Pero ellos insistían: —Subleva al pueblo, enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta aquí.

Jesús ante Herodes

6 Pilato al oírlo preguntó si aquel hombre era galileo. 7 Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió a Herodes, que estaba también aquellos días en Jerusalén. 8 Herodes se alegró mucho de ver a Jesús, pues deseaba verlo hacía mucho tiempo, porque había oído muchas cosas sobre él y esperaba verle hacer algún milagro. 9 Le preguntó con mucha locuacidad, pero el no le respondió nada. 10 También estaban allí los príncipes de los sacerdotes y los escribas, acusándole con vehemencia. 11 Herodes, junto con sus soldados, le despreció, se burló de él poniéndole un vestido blanco y se lo remitió a Pilato. 12 Herodes y Pilato se hicieron amigos aquel día, pues antes estaban enemistados entre sí.

Jesús condenado a muerte

13 Pilato convocó a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, 14 y les dijo: —Me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo. Mirad: yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ningún delito de los que le acusáis; 15 ni tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto; por tanto, nada ha hecho que merezca la muerte. 16 Así que, después de castigarle, lo soltaré. 18 Pero toda la multitud clamó diciendo: —¡Fuera con ése, y suéltanos a Barrabás! 19 —éste había sido encarcelado por cierta sedición ocurrida en la ciudad y por un homicidio. 20 De nuevo Pilato les habló queriendo poner en libertad a Jesús. 21 Pero ellos continuaban gritando: —¡Crucifícalo, crucifícalo!

22 No obstante, por tercera vez, él les dijo: —¿Y qué mal ha hecho

éste? No encuentro en él ningún delito de muerte; por tanto, después de castigarle, lo soltaré. 23 Pero ellos insistían a grandes voces pidiendo que lo crucificaran, y sus gritos eran cada vez más fuertes. 24 Pilato entonces decidió que se cumpliera su petición: 25 soltó al que pedían — el que había sido encarcelado por sedición y homicidio— y a Jesús lo entregó a la voluntad de ellos.

Crucifixión y muerte de Jesús (23,26-49)

26 Cuando le llevaban echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo, y le obligaron a llevar la cruz detrás de Jesús. 27 Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que lloraban y se lamentaban por él. 28 Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: —Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, 29 porque mirad que vienen días en que se dirá: «Dichosas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron». 30 »Entonces comenzarán a decir a los montes: «Caed sobre nosotras»; y a los collados: «Sepultadnos»; 31 porque si en el leño verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? 32 Llevaban también con él a dos malhechores para matarlos. 33 Cuando llegaron al lugar llamado «Calavera», le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. 34 Y Jesús decía: —Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Y se repartieron sus ropas echando suertes. 35 El pueblo estaba mirando, y los jefes se burlaban de él y decían: —Ha salvado a otros, que se salve a sí mismo, si él es el Cristo de Dios, el elegido. 36 Los soldados se burlaban también de él; se acercaban y ofreciéndole vinagre 37 decían: —Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo. 38 Encima de él había una inscripción: «Éste es el Rey de los judíos». 39 Uno de los malhechores crucificados le injuriaba diciendo: —¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros. 40 Pero el otro le reprendía: —¿Ni siquiera tú, que estás en el mismo suplicio, temes a Dios? 41 Nosotros estamos aquí justamente, porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho; pero éste no ha hecho ningún mal. 42 Y decía: —Jesús, acuérdate de mí cuando lle-

gues a tu Reino. 43 y le respondió: —En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso. 44 Era ya alrededor de la hora sexta. Y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora nona. 45 Se oscureció el sol, y el velo del Templo se rasgó por la mitad. 46 Y Jesús, clamando con una gran voz, dijo: —Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto expiró. 47 El centurión, al ver lo que había sucedido, glorificó a Dios diciendo: —Verdaderamente este hombre era justo. 48 Y toda la multitud que se había reunido ante este espectáculo, al contemplar lo ocurrido, regresaba golpeándose el pecho. 49 Todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido desde Galilea estaban observando de lejos estas cosas.

Jesús es sepultado (23,50-56)

50 Había un hombre llamado José, varón bueno y justo, miembro del Consejo, 51 que no estaba de acuerdo con su decisión y sus acciones. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. 52 Éste se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. 53 Y lo descolgó, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido colocado todavía. 54 Era el día de la Parasceve y comenzaba a brillar el sábado. 55 Las mujeres que habían venido con él desde Galilea le siguieron y vieron el sepulcro y cómo fue colocado su cuerpo. 56 Regresaron y prepararon aromas y ungüentos. El sábado descansaron según el precepto.

LUCAS 24

Resurrección de Jesús. El sepulcro vacío (24,1-12)

1 El día siguiente al sábado, todavía muy de mañana, llegaron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado; 2 y se encontraron con que la piedra había sido removida del sepulcro. 3 Pero al entrar, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. 4 Estaban desconcertadas por este motivo, cuando se les presentaron dos varones con vestidura refulgente. 5 Como estaban llenas de temor y con los rostros inclinados hacia tierra, ellos les dijeron: —¿Por qué buscáis entre los muertos al que

está vivo? 6 No está aquí, sino que ha resucitado; recordad cómo os habló cuando aún estaba en Galilea 7 diciendo que convenía que el Hijo del Hombre fuera entregado en manos de hombres pecadores, y fuera crucificado y resucitase al tercer día. 8 Entonces ellas se acordaron de sus palabras. 9 Y al regresar del sepulcro anunciaron todo esto a los once y a todos los demás. 10 Eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago; también las otras que estaban con ellas contaban estas cosas a los apóstoles. 11 Y les pareció como un desvarío lo que contaban, y no les creían. 12 Pedro, no obstante, se levantó y echó a correr hacia el sepulcro; y al inclinarse vio sólo los lienzos. Entonces se marchó a casa, admirándose de lo ocurrido.

Aparición a los discípulos de Emaús (24,13-35)

13 Ese mismo día, dos de ellos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. 14 Iban conversando entre sí de todo lo que había acontecido. 15 Y mientras comentaban y discutían, el propio Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos, 16 aunque sus ojos eran incapaces de reconocerle. 17 Y les dijo: —¿De qué veníais hablando entre vosotros por el camino? Y se detuvieron entristecidos. 18 Uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: —¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días? 19 Él les dijo: —¿Qué ha pasado? Y le contestaron: —Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y ante todo el pueblo: 20 cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. 21 Sin embargo nosotros esperábamos que él sería quien redimiera a Israel. Pero con todo, es ya el tercer día desde que han pasado estas cosas. 22 Bien es verdad que algunas mujeres de las que están con nosotros nos han sobresaltado, porque fueron al sepulcro de madrugada 23 y, como no encontraron su cuerpo, vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, que les dijeron que está vivo. 24 Después fueron algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como dijeron las mujeres, pero a él no le vieron. 25 Enton-

ces Jesús les dijo: —¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas! 26 ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria? 27 Y comenzando por Moisés y por todos los Profetas les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él. 28 Llegaron cerca de la aldea adonde iban, y él hizo ademán de continuar adelante. 29 Pero le retuvieron diciéndole: —Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya anocheciendo. Y entró para quedarse con ellos. 30 Y cuando estaban juntos a la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. 31 Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia. 32 Y se dijeron uno a otro: —¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? 33 Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, 34 que decían: —El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón. 35 Y ellos se pusieron a contar lo que había pasado en el camino, y cómo le habían reconocido en la fracción de pan.

Aparición a los discípulos en el Cenáculo (24,36-53)

36 Mientras ellos estaban hablando de estas cosas, Jesús se puso en medio y les dijo: —La paz esté con vosotros. 37 Se llenaron de espanto y de miedo, pensando que veían un espíritu. 38 Y les dijo: —¿Por qué os asustáis, y por qué admitís esos pensamientos en vuestros corazones? 39 Mirad mis manos y mis pies: soy yo mismo. Palpadme y comprended que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. 40 Y dicho esto, les mostró las manos y los pies. 41 Como no acababan de creer por la alegría y estaban llenos de admiración, les dijo: —¿Tenéis aquí algo que comer? 42 Entonces ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. 43 Y lo tomó y se lo comió delante de ellos. 44 Y les dijo: —Esto es lo que os decía cuando aún estaba con vosotros: es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. 45 Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. 46 Y les dijo: —

Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día, 47y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. 48 Vosotros sois testigos de estas cosas. 49 Y sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto.

La Ascensión del Señor

50 Los sacó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. 51 Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo. 52Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría. 53 Y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios.